



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

José Luis Alderete (Ciudad de México, 1948). Artista plástico. Estudió la licenciatura en Artes Visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM y la maestría en Educación en el Centro Universitario México. Ha expuesto su obra de manera individual en diversos museos y galerías del país, y ha participado en más de sesenta exposiciones colectivas en México, España y Japón. Desde 1989 se desempeña como docente en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM.



José Luis Alderete, tinta china/papel, 30 × 23.5 cm, 2007

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	8
El fumador anónimo / Guillermo Samperio	
Tres poemas / Luis Téllez-Tejeda	12
Dos poemas / Eduardo de Gortari	17
El día que me quieras / Edgar Mora Bautista	20
EL TALLER DE PARÍS	
<i>Sobrevuelos literarios: El Taller de París</i> / Iván Salinas	23
El nombre / Carlos Alvarado Quesada	26
<i>levítico.moisés.miguel_tapia.huiki</i> / Miguel Tapia	28
Doble crónica del miedo escénico / Begoña Alonso	31
muso.fobia (fragmento de novela) / Jorge Harmodio Flores	34
De líneas y nada (fragmentos) / Christian Anwandter	39
La salida del metro / Vania Rosas	44
Un lugar llamado Bogópolis (historias) / Camilo Bogoya	47
La carta 42 / Francisco Benavides	54
El doble jardinero / Marcos Eymar	62
EL RESEÑARIO	
La tradición de la nostalgia / Rodrigo Martínez	69
LA GACETILLA	
Concursos literarios, talleres, cursos, revistas en línea y más	75

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Sealtiel Alatríste
Coordinador de Difusión Cultural

Sealtiel Alatríste
Director de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 146, enero-febrero 2008

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración de este número: José Luis Alderete
Portada: José Luis Alderete, tinta china/papel, 2007
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

www.literatura.unam.mx

correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx

cestrada@correo.unam.mx

Este primer número de 2008 se divide formalmente en dos partes; la primera incluye colaboraciones de cuatro escritores mexicanos y abre con el *Árbol Genealógico*, ocupado esta vez por “El fumador anónimo”, regalo generoso de un maestro del cuento y la minificción: Guillermo Samperio. Seguimos con tres poemas de Luis Téllez-Tejeda, tres retratos de ritmos, atmósferas y salones de baile, uno de ellos el recuerdo entrañable de una época: el Salón Riviera; y dos poemas del novísimo Eduardo de Gortari, que sorprenden gratamente por su voz serena, por ese don que es el ojo de poeta que vuelve nuevo lo cotidiano. La sección cierra con “El día que me quieras”, cuento breve de Édgar Mora Bautista, que condensa en una página la complejidad de un instante enamorado.

La segunda parte de esta revista es un *dossier* dedicado a un espacio que, a seis años de creado en el Instituto de México en París y hoy bajo el auspicio del Instituto Cervantes, se perfila como una cantera de nuevos escritores latinoamericanos. Me refiero al Taller de París, en el que se dan cita semanalmente jóvenes provenientes de distintos países de habla hispana y con formaciones académicas diferentes, unidos por el ejercicio constante de su vocación literaria. La muestra que presentamos aquí se debe al poeta y traductor Iván Salinas, corresponsable del Taller, quien realizó para *Punto de partida* una selección que incluye ocho piezas narrativas y una de poesía, presentadas por él en su “Sobrevuelos literarios”.

Mención aparte merece la ilustración de este número, obra del artista plástico José Luis Alderete, quien ha compartido con nosotros una carpeta de dibujos a lápiz y tinta china, y nos ha permitido reproducir en blanco y negro su serie de óleos y acrílicos *Espacios múltiples*. A él y a Santiago Ortega, artífice de este contacto, agradecemos públicamente su colaboración.

Para concluir, otra de nuestras secciones fijas: El Reseñario, en el que Rodrigo Martínez analiza y recomienda el más reciente libro de cuentos del narrador, ensayista y traductor Jorge Arturo Ojeda, *Documentos sentimentales*, publicado en 2007 por Fontamara; y nuestro apartado de convocatorias a concursos literarios nacionales e internacionales.

Invitamos a nuestros lectores a seguir con nosotros en este año que comienza, a través de las distintas líneas de trabajo de *Punto de partida*: esta revista impresa, el portal www.puntoenlinea.unam.mx, el concurso literario y gráfico que cierra su convocatoria este 29 de febrero, y las ediciones de *punto de partida*.

Feliz año nuevo. ●



Espacios múltiples, ciudades perdidas (ciudades muertas), acrílico/papel, 80 × 70 cm, 2001

El fumador anónimo

Guillermo Samperio

Dios es así: gratuidad imprevisible.

P. Ignacio Larrañaga

Este domingo neblinoso, Enrique salió de su casa desconsolado, vistiendo chamarra negra y pantalones de paño grises. Había encontrado una nota escrita con letra rápida por su esposa —él lo distinguió, pues Elisa tenía de costumbre una letra palmer bien dibujada—. La nota decía que el jueves anterior ella se había despertado con una sensación de congoja profunda y lágrimas al borde de los párpados. Que volteó a verlo, dormido profundamente, y que una voz interior le decía: “Ya no lo amo, el amor se me murió como la jacaranda del jardín que se derrumbó con sus raíces podridas y pegó contra los vidrios de la recámara.” No me busques, por favor, terminaba la nota, sin firma.

Enrique caminó varias cuerdas hasta llegar al parque de la capilla de San Sebastián. Un frío súbito había llegado a la ciudad y se expandía por el parque en ondulaciones brumosas, en indecisos listones vaporosos que se entrelazaban con las ramas de los abedules contritos. El hombre, con el llanto a punto de emerger, dio un par de vueltas al parque, cacheteado por manos de la bruma. Sentía ganas de correr hasta morir, o quedarse congelado en una de las viejas bancas.

Decidió sentarse ante una mesa afuera de la cafetería que daba al parque; miró hacia adentro del establecimiento para ver si alguna mesera salía a servirle. Los vidrios estaban empañados y se notaba que ahí estaba refugiada la gente que de costumbre venía a tomar café.

Enrique sacó sus cigarros, encendió uno, le dio una profunda fumada, llenándose los pulmones con ganas de que le explotaran. Lanzó tres argollas gruesas de humo, como donas enormes entre azulosas y grises; las vio levantarse ante sus ojos, como si tuvieran animación propia, girando hacia el interior de la curva y haciéndose más densas, una tras otra, buscando subir con dificultad en el frío extremo. De pronto, las argollas se detuvieron en el aire helado, congeladas tal vez en esa mañana gélida. Los anillos humosos se notaban con vida pero quietos, levitando ante la mirada de Enrique, quien se había llevado la mano hacia la boca otra vez, con el cigarrillo entre los labios en el instante en que va a darle la segunda fumada.

El hombre vio cómo las donas cobraban un color entre plomizo y verdoso, como si hubieran estado detenidas en el aire años atrás; se dio cuenta de que la misma coloración tomaba el cigarro y luego su mano y la manga de su chamarra, el brazo y el resto de su cuerpo.

En ese momento salió una pareja de ancianos, llevaban abrigos cafés claros. Se detuvieron un instante ante Enrique, lo observaron con detenimiento y admiración; después, vieron los arillos suspendidos en la bruma. Emprendieron la marcha hacia la capilla de San Sebastián.

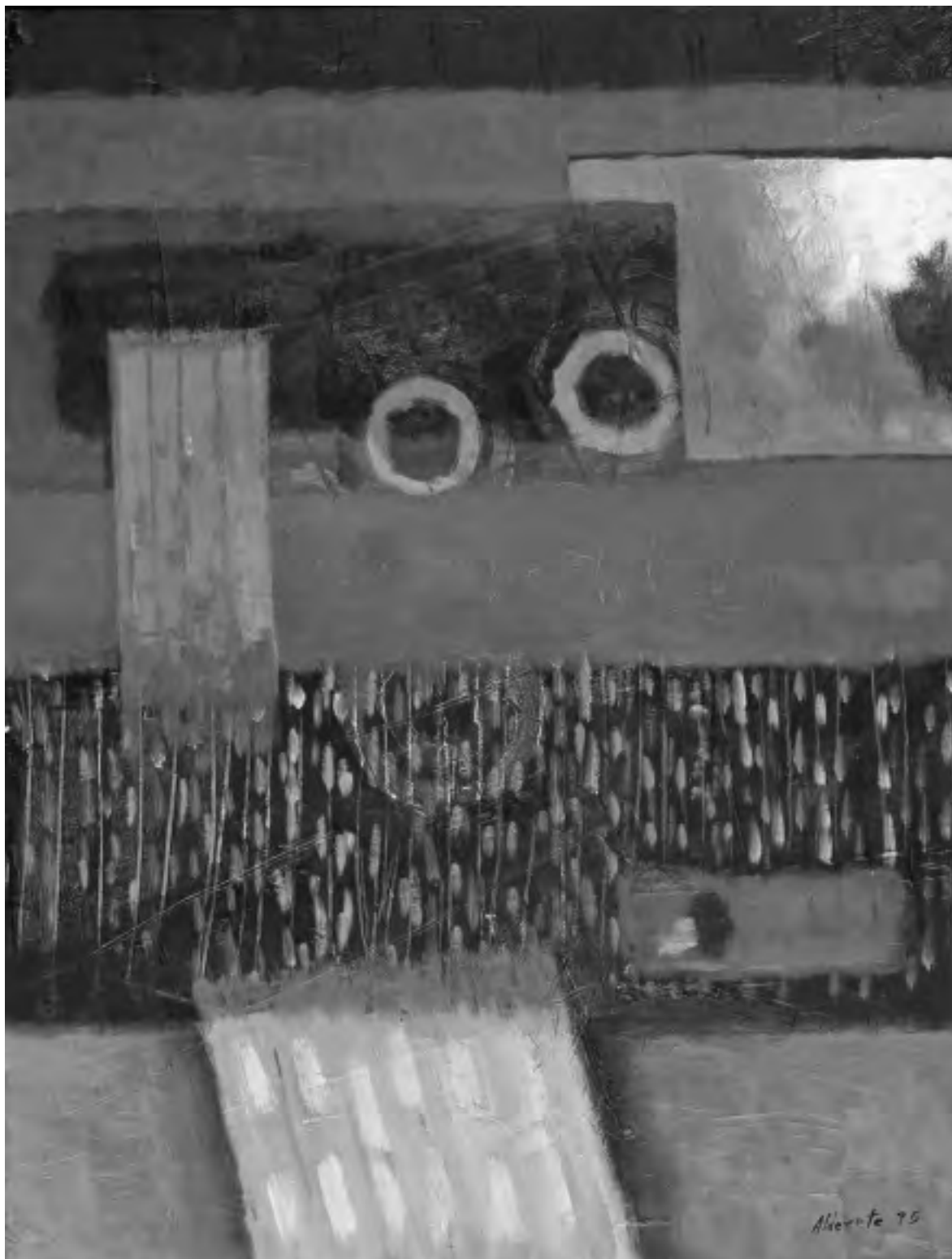
—Estupenda escultura, mi amor —dijo él.

—¿Cómo habrá hecho el escultor para sostener las donitas? No vi ningún alambre —agregó la anciana.

El viejo levantó los hombros como diciendo “Sepa Dios”. Enrique alcanzó todavía a escuchar aquellas palabras; lágrimas color rojo resbalaron hasta su barbilla y se congelaron; luego, lo aprisionó el olvido.

La cafetería del parque se hizo famosa por Enrique, a quien a sus pies pusieron una plaquita de bronce que decía: “Al fumador anónimo”. ♣

Guillermo Samperio (México, D.F., 1948) es cuentista, ensayista y novelista. Fue colaborador del suplemento *Sábado (Unomásuno)* y actualmente tiene una columna en *El Financiero*. Ha publicado los libros de cuentos *Cualquier día sábado* (1974 y 1994), *Gente de la ciudad* (1985), *Miedo ambiente* (1977), *Cuaderno imaginario* (1989), *Cuando el tacto toma la palabra... Cuentos 1974-1999* (1999), *La cochinilla y otras ficciones breves* (1999) y *Humo en sus ojos* (2001). Entre sus novelas destacan *Anteojos para la abstracción* (1994), *Ventriloquía inalámbrica* (1996) y *La Gioconda en bicicleta* (2000). Recientemente publicó la antología titulada *Obra reunida* (2007). Fue condecorado con el Premio Casa de las Américas 1977 y el Premio Nacional de Periodismo Literario al Mejor Libro de Cuentos en Chiapas en 1988. Con el cuento *¿Mentirme?* obtuvo el Premio Instituto Cervantes de París dentro del Concurso Juan Rulfo 2000. Varias de sus obras han sido incluidas en múltiples antologías del país y del extranjero, y han sido traducidas a diversas lenguas. Ha dado cursos y conferencias en diplomados, licenciaturas y posgrados de instituciones académicas de México y el extranjero. Imparte talleres literarios desde hace más de veinte años.



Espacios múltiples, ciudades perdidas (sol tostado), óleo/tela, 80 × 60 cm, 1995

Tres poemas

Luis Téllez-Tejeda

Pista El Arenal

ebulle la luz
sobre el movimiento
veloz
imperceptible

trepida el suelo
sumergido
en el oscilar
de notas distorsionadas

la precisión es vital

bastaría un segundo
mal puesto
un paso tardío
para no embelesar
a quienes miran

ondas concéntricas
frenan su trajín danzante

la exactitud de una pareja

hélice carnal
fugaz vaivén

gana la vista
gestos de azoro
en caras y entropiernas

contrapuntos monocordes
trazan la simetría
de los pasos
que
llueve la pareja

centro

estrobo

sudor

noche

quizá
sólo quizá
se vuelva a crear
en la fuga de sus pies
el cosmos
bajo el silencio
sonidero



Tinta china/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

Casa Talavera

Rudos vs. Técnicos (tarde de surf)

el golpe sobre los platillos
encumbra a la batería
segundo
a segundo

el pulso de las cuerdas
marca en el bajo
la rotación de los instantes

ficticias olas
se crean con los compases
serpenteando el lugar
pleno de figuras
de movimiento autista

oscilantes
los cuerpos
florecen en sus ropas
brillan en máscaras
y evocan al mar
cuando

uniformes

transitan sobre
el verde olor de cigarros
mal forjados

la distorsión de la guitarra
sólo acentúa
el esquivar de aguas
vistas de extravío
roces repentinos

el calor brota
y se diluye en el suelo
cada segundo
hasta enmudecer la batería

Salón Riviera

In memoriam

el traje sepia
recorre la noche
liso de tintorería
sobre compases
cuadrángulos

la duela es marea
para buques
de impavidez
fingida al mirar
caderas tempestad

trompeta güiro timbal
la oscilación
se abanica
solicita al concurrir
sudor cuello sienes

percusión contenida
pies avanzan
a repetir caminos



Tinta china/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

antes que los alcance
su propia estela

escote y corbata
se tocan a tiempo
despegan centrífugos
del final clave atentos
charol immaculado

urgen al floreado atavío
postreras notas de silencio
desaliñar en suelo lejano
pantalón y camisa
de elegancia alisados

Luis Téllez-Tejeda (Naucalpan, México, 1983). Poeta, cronista y editor. Estudia Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras. Ha publicado poesía en los libros colectivos *Crimen confeso* (Daga, 2003), *Espacio en disidencia* (Praxis, 2005), *Al frío de los cuatro vientos* (Instituto Mexiquense de Cultura, 2006) y *Los mejores poemas mexicanos* (Joaquín Motriz; FLM, 2006), y en las revistas *Viento en vela*, *Literal*, el suplemento cultural *Arena* y el periódico *Unomásuno*. Ha publicado reseñas y artículos en *Libros de México*, *El bibliotecario*, *Solario* y *Punto de partida*. Es editor del boletín sobre literatura infantil-juvenil y promoción de lectura *Puntos y líneas*, coordina el área de publicaciones del capítulo México del International Board on Books for Young People. Imparte talleres de creación literaria para niños de poblaciones vulnerables dentro del programa Alas y Raíces del Conaculta. Ha participado en diversos congresos en México, Brasil y Cuba.

Dos poemas

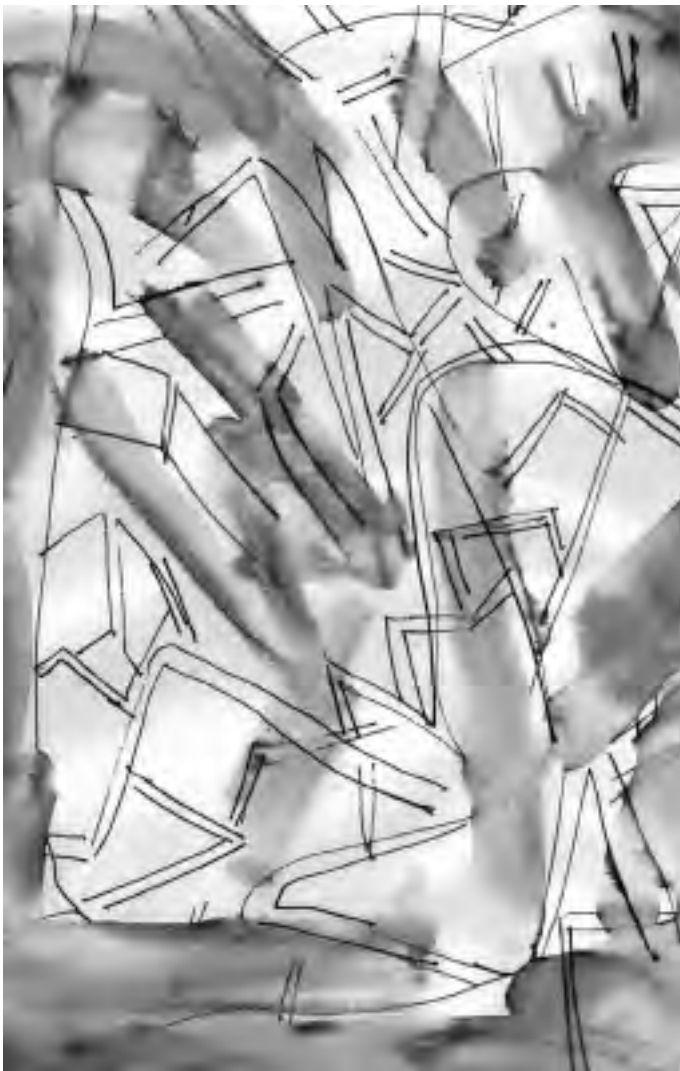
Eduardo de Gortari

Amplitud

Desde tu ventana
el mundo son los edificios de Coapa
los niños que juegan fútbol hasta muy tarde
el perro que no tiene dónde caer
y cerrar suavemente los ojos
las señoras que van
por leche y pan a la tienda
y la luna metálica que hicimos
como en caricaturas
con un s o p l o de memoria
para unir remaches celestes
en este aire
como un dibujo animado
que toma la esencia mínima de las cosas
y la diluye en su movimiento

Así formamos un poema sin palabras
que guarda la amplitud de las galaxias
porque no tiene cuerpo ni piel ni carne
pues Todo es ese poema

Retrato del mundo desde tu ventana



Tinta china/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

Pichos

Los pichos descansan
antes del vuelo
sobre el cableado eléctrico
Ya es de tarde
la *denzura* de una nube
en los techos de las casas
reposa húmedos silencios

Las alas aguardan la señal
para desequilibrar el aire
desplazarse
en mapas no trazados
porque ya todos lo sabemos
aunque no podamos recordarlo
y para entender el universo
desde arriba
un universo tan grande
como la vereda
tan antiguo
como su primer vuelo
Y ya arriba
retener una bocanada
en el centro del pecho

//origen y final
de toda andanza//

A veces
es bueno esperar
a la Osa Mayor
para navegar aires
que no vemos
planear sobre paisajes inhabitados
sobre reminiscencias de días idos
y entonces
recordar que el mundo
siempre será un lugar
que está por ser explorado

Eduardo de Gortari (Ciudad de México, 1988) ha publicado en las revistas *Tierra Adentro* y *La línea del cosmonauta*. Es autor del poemario *La ausencia perpetua* (Editorial Inexistente, 2005). Es cofundador del colectivo Devrayativa. Ganó el Premio Nacional de Literatura para Jóvenes muy Jóvenes 2006 en el área de poesía. Es vocalista y guitarrista del grupo de rock Yesterday Pop.

El día que me quisieras

Édgar Adrián Mora Bautista

Te vi al pasar ayer por el mercado. Tus piernas sobresalían entre las canastas de fruta que ese niño, que siempre mira con aire desconfiado a los que pasan, irá a entregar a algún lejano sitio del cual nadie tiene noticia. Vi tus deditos. Hoy te permitiste traer zapatitos abiertos aún cuando el frío nos cala hasta el alma. Hasta la más orillita maldita de este tiempo en que te tengo sin tenerte. Ayer sentí que me mirabas, que disfrutabas al partirme en dos la frente y mirar dentro de mis pensamientos. No te puedo pedir que me regreses el beso ficticio que encontraste en el hipotálamo. No te puedo llorar con las gotas de mar de mis recuerdos. Sólo sé que te vi y que el tiempo se detuvo. Y las frutas a tus pies se reían a carcajadas, sandías de mierda mordiendo tus pies desnudos mientras los melones te sorbían las ideas de largarte de esta ciudad para siempre. Yo sólo me quedé viendo los periódicos del viejo Andrés, los pedazos de papel que se dicen diario sin darse cuenta de que todos los días hablan de lo mismo. Tú ni siquiera sabes que existo, caminas por los pasillos del mercado gritando tu letanía de pregones a todos los que tengan oídos. Mientras, me imagino tus jugos y tu saliva mordiendo con su ácido la orilla de mi cuerpo. Los movimientos siderales que calculan en el infinito su magnitud. Tú no te enteras, no lo sabes. Me he marchado de casa hace dos noches. He vagado por la ciudad llena de vahos y de vapores que se me van a la cabeza y me marean hasta el vómito. A los chicos los vi ayer por esas callejas que no terminan de ser calles y responden como callejón a las llamadas de los autos al pasar. Orillados, cuidando los espejos, no se vayan a rayar, no se vayan a perder sus lindas sonrisas de luz atrapada. Me he tomado un barril de ese que raspa, de ese licor grueso como granos de café que no acaban de digerirse en veinte años. Que me aturden, me queman y me pierden. Te he visto todas las mañanas de mi vida. Quise que fueras mi madre, luego mi amiga, después mi amante. Ahora quiero que seas mi bruja. Hechicera al mando de las fuerzas de mi vientre sin paciencia. De mis manos sudadas. Mis labios no cansan de repetirte. Ayer te vi al pasar por el mercado. Y tú ni te enteraste... **P**

p. 21: *Espacios múltiples, ciudades perdidas (sopor de lluvia)* (detalle), acrílico/papel, 79 × 54 cm, 1991

Édgar Adrián Mora Bautista (Tlatlauquitepec, Puebla, 1976) es narrador y ensayista. Ha ganado premios entre los que sobresalen los de Crónica y Ensayo del Concurso 33 de la revista *Punto de partida*, y el Premio Nacional de Jóvenes Narradores UACM en el género de cuento. Es autor de *Memoria del polvo* (Ediciones UACM, 2005). Actualmente es becario del Programa Nacional de Jóvenes Creadores del FONCA en el área de cuento.

El Taller de París





Espacios múltiples, ciudades perdidas (interiores), óleo/tela, 80 × 60 cm, 1999

Sobrevuelos literarios: El Taller de París

Iván Salinas

Considerada comúnmente como una labor individual, la aparición de los talleres de escritura ha provocado un cambio radical en la actividad literaria. Para mal o para bien —según se juzguen estas reuniones periódicas—, la mirada externa abre una serie de posibilidades más o menos insospechadas al escritor. Utilizadas correctamente, las opiniones vertidas durante las sesiones de un taller pueden resultar fructíferas para el autor. Esto siempre y cuando se respeten algunas reglas básicas, tales como el que los comentarios de los asistentes se concentren en realizar una crítica del texto y no de la persona —lo que suele suceder—, o como la imposibilidad del que presenta un texto de hablar y, por lo tanto, de defender su intención autoral durante la lectura.

Siguiendo esta línea de trabajo, un grupo de narradores —salvo algunas excepciones— se reúne semanalmente en París desde hace ya casi seis años. Creado inicialmente en el Instituto de México por Martín Solares, el Taller de París ha desfilado por diferentes sitios, institucionales (la Maison du Mexique en la CIUP o la Sorbonne Nouvelle) o no (bares, cafés, restaurantes y las mismas casas de los talleristas). Movidos por la disciplina y el interés literario, franceses y mexicanos, chilenos y colombianos, costarricenses y españoles, entre otros hispanohablantes, han logrado que contra viento y marea se mantenga el espacio indispensable para la lectura y el comentario eficaz a lo largo de todos estos años.

Relatos breves, fragmentos significativos de novelas en curso, ensayos y traducciones de autores francófonos, reciben cada semana el comentario crítico de los talleristas regulares y, en ocasiones especiales, el punto

de vista de escritores ya publicados y reconocidos, como Mario Bellatin, Guillermo Fadanelli o Jorge Volpi, entre muchos otros.

La labor del grupo, después de tanto tiempo, ha dado resultados concretos: una novela se encuentra en trabajo de edición para ver la luz en 2008; tres libros más han sido publicados, de los cuales uno recibió el premio Tiflos en España y otro fue finalista del premio Rómulo Gallegos. En ciernes hay por lo menos cuatro proyectos, tanto de cuento como de novela. Editados en periódicos o en revistas en papel (entre los que se encuentra la misma *Punto de partida*) y electrónicos (el taller cuenta con un sitio propio: <http://untaller.com>), los cuentos o fragmentos van emergiendo, cercanos cada vez más a la meta de la publicación en libro.

Espacio de creación y camaradería literarias, el Taller de París se beneficia actualmente de la hospitalidad del Instituto Cervantes (en la voz de la directora cultural, Raquel Caleya), en donde lleva a cabo su cita semanal, los viernes a las seis de la tarde.

Las obras

De la multiplicidad de voces que constituyen la presente selección es casi imposible obtener una línea que sea coherente. Al menos en literatura parece ser así. Por tal motivo, el lazo que une los textos aquí reunidos no sea acaso sino el de la exigencia formal para con la historia narrada —o el tema poético, como es el caso de los únicos poemas aquí incluidos. En efecto, sería muy difícil establecer convergencias o divergencias

entre los cuentos que constituyen esta selección sólo porque quienes los escribieron asisten al mismo taller literario: lectores voraces, los autores pueden o no compartir referencias.

Inclusive sería más sencillo decir que cada uno de ellos tiene una aproximación distinta a la literatura: biólogos, informáticos, estudiantes de literatura, periodistas, especialistas educativos, profesores, cada uno lee y escribe de manera distinta. A lo largo de la antología, el lector de *Punto de partida* podrá darse cuenta, por una parte, de qué tan válida es la afirmación anterior; por otra, apreciar la gran apertura que se da cuando se comparte con otras personas un terreno común: hablar un mismo idioma.

Acaso la mayor riqueza de poseer una lengua es la posibilidad de asomarse por un momento a medios y lugares que no visitamos cotidianamente. “Prisioneros” de nuestro propio lenguaje y de nuestras costumbres sociales, el vasto mundo de la *hispanomanía* puede abrirse como el campo que nos permita tener acceso a un conocimiento de primera mano de una lectura híbrida de nuestro espacio común, así como de la interconexión de cada uno de esos sitios.

La selección de nueve propuestas abre con un cuento del costarricense Carlos Alvarado. En “El nombre”, Alvarado explora el sufrimiento que una enfermedad como el Alzheimer puede provocar en una pareja. En tres páginas, el autor nos muestra en una escritura ágil lo agrídulce que puede ser el recuerdo cuando aflora en condiciones adversas.

En “levítico.moisés.miguel_tapia.huiqui”, Miguel Tapia propone una de las apuestas más irónicas de la

literatura contemporánea: seguir el planteamiento del “Manifiesto huiqui” (<http://www.literaturawiki.org>), que explota literariamente el principio que anima la enciclopedia en línea *Wikipedia*. En su versión libre del pasaje bíblico, el sonorenses retoma el tono del lenguaje solemne para denunciar eficazmente —y no con poca ironía— lo absurdo del narcotráfico y su violencia gratuita.

Begoña Alonso, en un tono también mordaz, continúa la veta que abrieron las vanguardias y crea un relato en el que, como la ficción dentro de la ficción, un drama teatral se mezcla con otro pasional. Escritura ardua y sin concesiones, sólo gracias a un gran esfuerzo el lector podrá rehacer una tragedia en la que todos estamos comprometidos.

En los fragmentos de *muso.fobia* (novela híbrida que será publicada en 2008), el lector encontrará tal vez una de las primeras concreciones *literarias* en español del medio paradigmático de creación hoy día: el *blog*. Con un lenguaje hermano al del “post”, Jorge Harmodio capta el estado febril del adulto joven promedio que, “internetholic”, enfrenta heridas físicas y sentimentales con las armas que el delirio y la red le ofrecen.

Rara avis del Taller, Christian Anwandter roza en sus poemas la carne de las cosas, el susurro del sentido, y alcanza resultados poco vistos en la poesía hecha por jóvenes. En su densa búsqueda con y por el lenguaje, pareciera que Anwandter acechara en cada palabra, como dice en un verso, la memoria de bocas que “son enormes navíos que transportan el lúgubre amor de un origen”.



Lápiz/papel (detalle), 26.5 × 19 cm, 2006

En el mundo de sus pesadillas personales, Vania Rosas busca hasta límites extremos la confección exacta del delirio, en paralelo a la angustia que el mundo ordinario puede crear en algunas personas. En “La salida del metro”, una historia familiar nos muestra de lo que es capaz el ser humano cuando está acorralado y no busca nada más que la tranquilidad y la paz interior.

Muertes espectaculares, deseo carnal, drogas, un mundo en plena licuefacción, así es *Bogópolis*, la ciudad inventada por Camilo Bogoya, en donde los muertos —como los de Rulfo— deambulan y hablan con los vivos. Hay una propuesta literaria que mezcla la tradición con una mirada descarnada de la realidad no

sólo colombiana, sino latinoamericana. Como en una difícil mano de póker contra la ironía y la desfachatez, el lector tiene que servirse de las cartas del deseo, la ternura, el amor y el odio para no perder la camisa.

En “La carta 42”, Francisco Benavides construye un complejo sistema para adivinar el futuro cercano sirviéndose de la lotería, y lo presenta mediante la transformación de una chica “bien” regiomontana. Del asco a la ingenuidad y la incredulidad, hasta llegar a la empatía y compasión, Benavides crea un cuento que, al estilo de las historias de Sheherezada, nos recuerda el valor que tiene contar historias.

Para cerrar esta antología, el lector disfrutará de la escritura de Marcos Eymar, joven promesa de las letras españolas (Premio Tiflos 2006). Como un conquistador ignorante de su condición, el personaje principal de “El doble jardinero” sucumbe ante su pasión oculta por las plantas y mujeres exóticas. Sin la posibilidad de escapar, el hombre observa con horror el destino que él mismo ha cultivado con tesón y esfuerzo.

Valga esta selección de historias escritas en Francia como una baudelairiana “invitación al viaje” para que el lector navegue a través de la hispanofonía de París. *Voilà.* **P**

Iván Salinas (Ciudad de México, 1977). Reside en Francia, donde realiza actualmente un doctorado en Literatura Comparada en la Universidad Sorbonne Nouvelle-París III. Fue miembro del comité editorial del *Periódico de poesía* y ahora pertenece al comité de redacción de *Trans-* (trans.univ-paris3.fr) <<http://trans.univ-paris3.fr/>>, *Revista de Literatura General y Comparada* de París III. Ha traducido del francés al español y viceversa, entre otros, a Henri Michaux, Antoine Volodine, David Huerta, Yasmina Reza, Tristan Corbière y Alberto Chimal (en breve aparecerá “Shanté” en la revista bilingüe en línea *Retors* [<http://www.retors.net>] <<http://www.retors.net/>>]). Beneficiario del FONCA, traduce *El sendero frugal*, antología de Jacques Dupin, que publicará el sello Hotel Ambosmundos. Es uno de los cuatro responsables del Taller de París.

El nombre

Carlos Alvarado Quesada

El padecimiento de mi marido comenzó hará un par de años, pero fue hasta hace poco que su mente empezó a fallar. Primero olvidó el nombre de los objetos, luego los recuerdos se le borraron. Al inicio sólo fueron los más recientes, después los más viejos. Por último se difuminaron los rostros y, con ello, las personas.

No puedo describir lo que se siente mirar a los ojos de quien has amado por años, con quien has caminado por playas, con quien has vacacionado durante más de treinta años, quien te consoló y a quien has consolado, quien contigo hizo su vida y sus hijos; mirarlo ahora, en sus últimos días, y que al tomarle la mano te vea con miedo, como si fueras una extraña de la que hay que defenderse replegándose en sí mismo. Creo que me agrediría, si pudiera, para salir de su cama y liberarse de su prisión.

Para él debo ser su carcelera o su guardia, la persona que lo alimenta con una cuchara de plata, la que lo saca a que le dé el sol, la que lo voltea sin hastío para limpiarle el ano y acostarlo de nuevo.

Así, su vida se fue degradando hasta que llegó un momento en el que casi toda su instalación neuronal colapsó. Mi esposo se convirtió en un vegetal. Una lechuga. Por lo menos hasta hace unos días.

Miraba el rosal del patio desde su silla de ruedas. O al menos en esa dirección se posaban sus ojos. No abrió la boca; ya la tenía por lo general abierta y sus cuerdas vocales debían estar frías y ásperas por falta de conversación. Fue así como de su interior, sin mover la lengua, salió un sonido.

¡Dios, qué alegría ver un destello de vida, algo de voluntad en su cuerpo! En ese instante tiré el libro que leía así como mi rol de enfermera y quise retomar el de compañera, de esposa. Intenté comunicarme con ese hombre que era todavía mi marido. Me le acerqué y me propuse estimularle los sentidos: le hablé al oído, lo acaricié, hasta le corté una rosa para que la oliera. Todo con tal de que repitiera aquella esperanza.

Insistí, lo meneé y le hablé, pero sus ojos cansados seguían fijos, entrelazados en el rosal. No me quería dar por vencida y le rocé la mejilla, el vello facial que yo anhelaba fuera una barba en crecimiento, y no una simple raíz por cortar cada mañana.



Lápiz/papel, 26. x 19 cm, 2007

Esa noche, al lado de su cama y desde la mía, me costó trabajo dormir. No sé si esperaba la repetición del sonido, si aguardaba la visita insuperable de la muerte, o si solamente tenía problemas para transformar mi fatiga en sueño. El problema era que ninguna de las tres sobrevenía.

A la mañana siguiente majaba una papa y la mezclaba con la clara cocinada de un huevo. Tomé la botella de salsa agridulce y, como siempre, me pregunté cómo la preparaban los orientales. Últimamente ha cambiado, viene más espesa y azucarada, más comercial. Levanté el rostro y descubrí que me miraba desde su silla de ruedas. Recordé entonces la salsa agridulce de un restaurante chino de mi infancia que mezclaba el sabor de la piña con un tipo de ingrediente vinagroso, aunque me perturbaba el paladar, yo la seguía probando.

Luego, el azar escogió el momento para que él hablara de nuevo.

—Ana — salió de su boca con dos vocales aspiradas y una ene como obstáculo.

Pasado el instante de júbilo y del fonema, me comencé a preguntar a quién se refería con Ana, a quién podía llamar con ese nombre. Al poco tiempo, empecé a desear que él no volviera a pronunciar ningún sonido. Nunca más. ♣

Carlos Alvarado Quesada (San José, Costa Rica, 1980) es periodista y master en Ciencias Políticas por la Universidad de Costa Rica. Con *Cuatro aperturas para ningún final* ganó el concurso de cuento de la *Revista Nacional de Cultura* de la UNED en 2003. En 2006 publicó el libro de cuentos *Transcripciones infieles* (Editorial Perro Azul). Ese mismo año obtuvo el premio Joven Creación en novela de la Editorial Costa Rica con *La historia de Cornelius Brown*.

levítico.moisés.miguel_tapia.huiki

Miguel Tapia

El Señor llamó a Moisés y le pidió que se sentara en una banca de madera hecha del tronco de un árbol caído en el huerto de la propiedad.

—Ahora que tienes lo que buscabas, muéstrate agradecido y no falles. Haz lo que se te ha dicho. Dile a tu gente que esperamos ver muestras de fidelidad.

Moisés afirmó en silencio.

—Ve y diles que tengan cuidado con lo que hacen. El Señor es bondadoso pero sabe castigar a quienes no se portan a la altura. ¿Me entiendes?

—Perfectamente, Señor —dijo Moisés y dio una larga fumada a su cigarro.

—Diles que si alguno de ustedes falla de manera involuntaria, el Señor hará que lo traigan a punta de cuerno de chivo, lo llevarán al patio donde está la noria para agujerearle las tripas. Luego lo colgarán frente a la boca del pozo para que se desangre y para que los zopilotes se lo coman desde las patas, espectáculo que gusta al Señor.

Moisés esta vez no habló ni afirmó. Dio a entender que comprendía con un brillo tímido en los ojos, mientras su cigarro se consumía lentamente entre sus labios.

—Si alguno de ustedes falla a propósito o por imbécil se le hará traer a punta de cuerno de chivo y será llevado al patio de la noria. Le serán arrancadas las uñas de pies y manos, y la piel de la cara desprendida a jirones para darla de comer a los gallinazos frente a sus ojos pelados. Luego será colgado frente a la boca del pozo para que se desangre y los zopilotes se lo coman desde la planta de los pies, porque el Señor gusta de ver por su ventana las parvadas carroñeras bajando día y noche desde el cielo ardiente.

Moisés pasó saliva y tuvo el coraje de afirmar con la cabeza de manera casi imperceptible. Se preguntaba por qué tenían que haberlo enviado a él a que le detallaran las horribles venganzas que sufriría en caso de que el acuerdo entre sus jefes no funcionara.

—Si alguno me roba parte de la mercancía, o intenta entregarme, o me quiere ver la cara de pendejo de cualquier manera, a punta de cuerno de chivo será traído hasta aquí junto con sus compinches, y las madres, hermanas e hijas de cada uno de ellos. Serán todos llevados al patio de la noria, amarrados y puestos a salar al sol durante dos días enteros, antes de abrirles las tripas para embarrar la piedra del pozo

y llamar a los zopilotes, que vendrán a comérselos poco a poco, comenzando por el ombligo, para que el Señor pueda ver ese espectáculo que tanto le gusta durante varios días con sus noches. ¿Estás entendiendo, Moisés? Además, iremos a buscar sus casas, y les prenderemos fuego...

Moisés pensaba que debió hacer caso a su madre y quedarse en el rancho ayudando a su padre con el tractor. Tenía ganas de salir de ahí cuanto antes, pero el Señor no dejaba de mirarlo con esos ojos que parecían garras de cuervo, encabronados a pesar de que acababan de firmar un acuerdo amistoso que los tenía a todos muy felices. Alrededor de ellos, en la amplia finca callada y verde, un ejército disimulado entre los muros, árboles y autos vigilaba la conversación.

—... y a los traidores, luego de que los hayan desangrado los zopilotes, les cortaremos la cabeza y la arrojaremos junto con una dedicatoria al interior de alguna comisaría o de un restaurante donde esté comiendo el hijo de puta que los sobornó, y traeremos después a todos los del bando contrario hasta la noria, para colgarlos vivos de las patas y que se los coman los zopi...

—Sí, Señor, ya me explicó esa parte, entiendo perfec...

—¡Cállese el hocico, y déjeme hablar! O qué, ¿no quiere regresar vivo con su gente a darles la buena noticia?

Tales fueron las instrucciones que dio el Señor al campesino Moisés, para que las llevara a su gente, sentados sobre un tronco caído en el hermoso huerto que rodea la finca más protegida del país. **P**

Miguel Tapia (Culiacán, Sinaloa, 1972). Estudió ingeniería civil, música, literatura y comunicación en su ciudad natal, la Ciudad de México y la capital francesa. Se ha desempeñado como músico y productor audiovisual en México, y como periodista en el DF, París y Barcelona. Es representante de la revista *TextoS* (Universidad Autónoma de Sinaloa) en Francia. Actualmente realiza estudios literarios de posgrado en la Universidad Sorbonne Nouvelle. Su cuento “Al pueblo llegó un fulano” fue incluido en la antología *Los mejores cuentos mexicanos 2003*, publicada por la editorial Joaquín Mortiz. En 2006 publicó *Los caimanes* (Almadía).



Espacios múltiples, ciudades perdidas (azul lluvia), acrílico/madera, 80 × 60 cm, 1995

Doble crónica del miedo escénico

Begoña Alonso

De todas las maneras posibles en que, sabíamos, podían desarrollarse los acontecimientos, la que nosotros eligiéramos sería, sin duda, la peor. Todo lo que ocurrió después no lo habíamos previsto minuciosamente. El telón se había levantado sin nuestra aprobación, el decorado había aparecido igual que siempre, y la actriz, *pero, su señoría, nuestro amor no es posible...* El primer acto se desarrollaba con toda normalidad y nosotros nos movíamos y hablábamos igual que la noche anterior, que las semanas anteriores, los años previos. Cuando conseguimos por fin bajar del escenario, ¿para siempre?, los dos coincidimos en que las cosas se habían decidido en la escena 4, en el espacio entre *venga con todo a verme esta noche* y *pero sepa que nuestro amor es imposible*. Su mirada se cruzó con las nuestras y supimos que había leído la carta... y que estaba de acuerdo.

Nunca hubiéramos podido imaginar que ella sintiera lo mismo. No teníamos nada dentro, sólo voces ¿*de muerte sonaron?* Éramos monstruosas vírgenes huecas penetradas a la vez por miles de desconocidos que se iban dejando palabras dentro, nombres, fechas... y voces, todas esas voces... Salir era la idea. Escapar.

“Nunca supimos cuánto tiempo habría transcurrido desde que comenzó el primer acto; en todo caso, al escapar, la noche, todas las noches se nos habían echado encima, y tuvimos que caminar pegados a las paredes para que los proyectores no despegaran la sombra de nuestros cuerpos.”

Veíamos la calle por primera vez, los adoquines del suelo estaban mojados como por lluvia reciente, un camión parecía aguardar algo o a alguien delante de

una enorme puerta... Andábamos con cuidado, casi a tientas, la noche era profunda y olía a cerrado. La luz llegó súbita como traición, profanadora y desagradable. Proyectores ajenos hicieron que todo se pusiera en marcha, la pared a nuestra espalda se transformó en muro de cementerio y los que de repente estaban frente a nosotros iban de un momento a otro a obedecer la orden de *carguen, apunten, fuego*.

“Los disparos sonaron y nosotros, que debíamos ser los muertos, empezamos a caminar por entre piedras caídas y cuerpos inertes, pegados siempre a la pared para que ningún proyector separase la sombra de nuestros cuerpos.”

Al rato comenzamos a pensar que acaso lo mejor era esperarla dentro, ocultos esta vez entre el público. Sabíamos, con todo, que de todas las maneras posibles en que podían desarrollarse los acontecimientos, la que nosotros provocáramos sería, sin duda, la peor.

La actriz declamaba lejos, cada vez más lejos, metida ya en el segundo acto, *Duérmete, rosál, que el caballo se pone a llorar. / Las patas heridas, / las crines heladas, / dentro de los ojos / un puñal de plata. / Bajaban al río. / ¡Ay, cómo bajaban! / La sangre corría / más fuerte que el agua.*

En la reseña que se le había perdido al *atrezzista* las críticas eran unánimes, tal despliegue lorquiano desequilibraba profundamente las tres partes de una obra que, por lo demás, resultaba irreprochable desde el punto de vista del canon contravanguardista contemporáneo, y cuyo máximo representante había alabado sin ambages la alquimia establecida entre la primera parte clásica y la última en clave pop. Bien era cierto

que tal referencia permitía, por un lado, adentrar la trama en el siglo XX con una figura perfectamente reconocible y, por otro, marcar el ritmo de pretragedia. Sin embargo, ambos objetivos encontraban ya pleno cumplimiento en las obsesivas intervenciones *voces de muerte sonaron cerca del Guadalquivir* de los emisarios condales, más tarde diplomáticos de la psicodelia.

“La estábamos esperando desde el final del segundo acto, pegados a la pared, para que los proyectores no despegaran la sombra de nuestros cuerpos, para que nadie nos buscara... Nada de lo que sucedió después estaba previsto. Estallaron aplausos como bombas. Los desastres empezaron a caer uno tras otro, como piezas de dominó. Al tiempo que aplaudíamos, como resortes, nuestros espinazos empezaron a doblarse compulsivamente en entusiasmadas reverencias al público. Pensamos que fue ahí donde todo basculó, perdimos pie, nos invadió la duda, la escuchamos declamar y no la reconocimos...”

Algo había fallado, el tercer acto comenzaba, la obra y la tortura continuaban. Retrocedimos como pudimos, nos acomodamos entre los asientos y nos fundimos en el negro... Ella no había venido y, sin embargo, lo habíamos acordado con sigilo, en el espacio entre *venga con todo a verme esta noche y pero sepa que nuestro amor es imposible*, su mirada se cruzó con las nuestras y supimos que había leído la carta, y que estaba de acuerdo... que sentía la misma desazón, el mismo hastío, y ese vacío como de muerte, unas miradas habían bastado... No teníamos nada. No éramos nada. Sólo eco. Huir era la idea. Escapar.

Leímos días después que la función de los emisarios condales o diplomáticos de la psicodelia había sido minuciosamente debatida por varios especialistas con motivo del primer coloquio internacional de teatro contravanguardista contemporáneo celebrado en La Haya. Las discusiones se habían centrado en primer lugar en la misma noción de teatro contravanguardista contemporáneo, siendo en esta cuestión el señor Puentes Heredia quien más había contribuido a aclarar las ideas al señalar que ambos términos adolecían seriamente de precisión, siendo necesario, en todo caso, indicar a qué vanguardia se refiere uno y qué se toma por “contemporáneo”. El mismo doctor Puentes Heredia citó los traspies bibliográficos que este tipo de etiquetas supone cuando sobre el tema uno emprende una investigación seria, y más de una vez se había topado con documentos reseñados exactamente con la misma nomenclatura pero que daban cuenta de corrientes teatrales que nada tenían que ver con la que nos ocupa, referentes a otras contravanguardias y a otras contemporaneidades bien lejanas de nuestro fenómeno que, como todos sabemos, abarca nuestros espacio y ¿tiempo? de los últimos diez años.

Nuestro papel consistía en breves apariciones en el primer acto como emisarios condales y una breve pero contundente intervención en la última escena del tercero, travestidos ya en diplomáticos de la psicodelia. A diferencia de ella, nosotros disponíamos de tiempo para pensar, de silencios. La amplia y tan criticada segunda parte lírica prescindía ostentosamente de nuestra presencia. Ella, sin embargo, interpretaba el papel principal, sentimiento amoroso en clave femenina in-

temporalmente atravesando los siglos y recorría todas las escenas, todos los actos. La idea era que escapara al final del segundo, pero aún seguía allí y andaba ahora dejándose atrapar, casi a gritos, *no volveré nunca más a esta casa, nunca*, dejándose caer en la tragedia...

“Los diplomáticos de la psicodelia debíamos actuar exactamente en la última escena; entraríamos en la sala con *voces de muerte* y paso firme e impediríamos que el arma empuñada por el actor principal llegara a disparar contra ella. O no entraríamos. El tercer acto comenzaba en dos minutos, ya no podíamos volver, volver, volver y vaciarse de nuevo, volver y dejarse llenar por cualquiera...”

La última escena llegaba a latidos desbocados; él: *¿A cuántos hombres has tenido que olvidar?*, ella: *A tantos como mujeres recuerdas tú...* él, Glenn Ford: *¿Se puede saber qué pretendes?* y ella, Rita Hayworth: *Ahora todos saben lo que soy. Y eso debería hacerte feliz, Johnny. No vas a ser el único en saberlo. Ahora todos saben que al poderoso Johnny Farrell lo engañaron, que se casó con una...* el bofetón llegaba justo después, y él remataba: *¿Cómo pudiste hacerme esto a mí? Yo que te hubiese querido hasta el fin... Sé que te arrepentirás...*

Parece ser que sólo al tercer día se llegó a abordar de manera exclusiva el tema de la función de los emisarios condales o diplomáticos de la psicodelia, personajes, al decir del doctor Juan Sebastián Moreno

Duarte, atrapados entre el fatalismo y la indecisión, no exentos de cierto síndrome de desdoblamiento simultáneo de la personalidad que les impide actuar por separado; desempeñan, sin embargo, un papel clave al impregnar el primer y tercer acto *voces de muerte cerca del Guadalquivir* de tensión dramática, funcionando como verdaderos Heraldos negros y, al mismo tiempo, como barreras del destino frente a la catástrofe. Los minutos finales los dedicaron a la cuestión de la puesta en escena del sentimiento amoroso como simulacro intemporal dentro del teatro contravanguardista contemporáneo, según leímos después.

Lo que nunca llegamos a leer fue que sólo en el acto de clausura el presidente de la sesión había evocado, no sin cierta tristeza, la trágica muerte en escena de la actriz principal, Laura Elena López de Aguirre, a manos de su esposo, Julián de la Hoz. Al parecer, la carta que el también actor principal de la obra había descubierto minutos antes en el camerino de su esposa confirmaba la relación entre ésta y un joven actor que, curiosamente, o quizá por miedo a la reacción del marido, no había hecho acto de presencia en el último y doblemente trágico acto.

Los días que llegaron después no los recordamos. Imaginamos, sin embargo, que de todos los modos posibles en que hayan podido suceder los acontecimientos, el que nosotros hayamos elegido habrá sido, sin duda, el peor. ♣

Begoña Alonso Fernández (Burgos, España, 1971) es licenciada en Filología Hispánica y Francesa por la Universidad de Valladolid; reside en Francia desde hace once años y trabaja en la Facultad de Ciencias de la Educación y Ciencias Sociales de la Universidad París XII. Está llevando a cabo una investigación sobre nuevas generaciones literarias y participa en el taller del Instituto de México.

muso.fobia

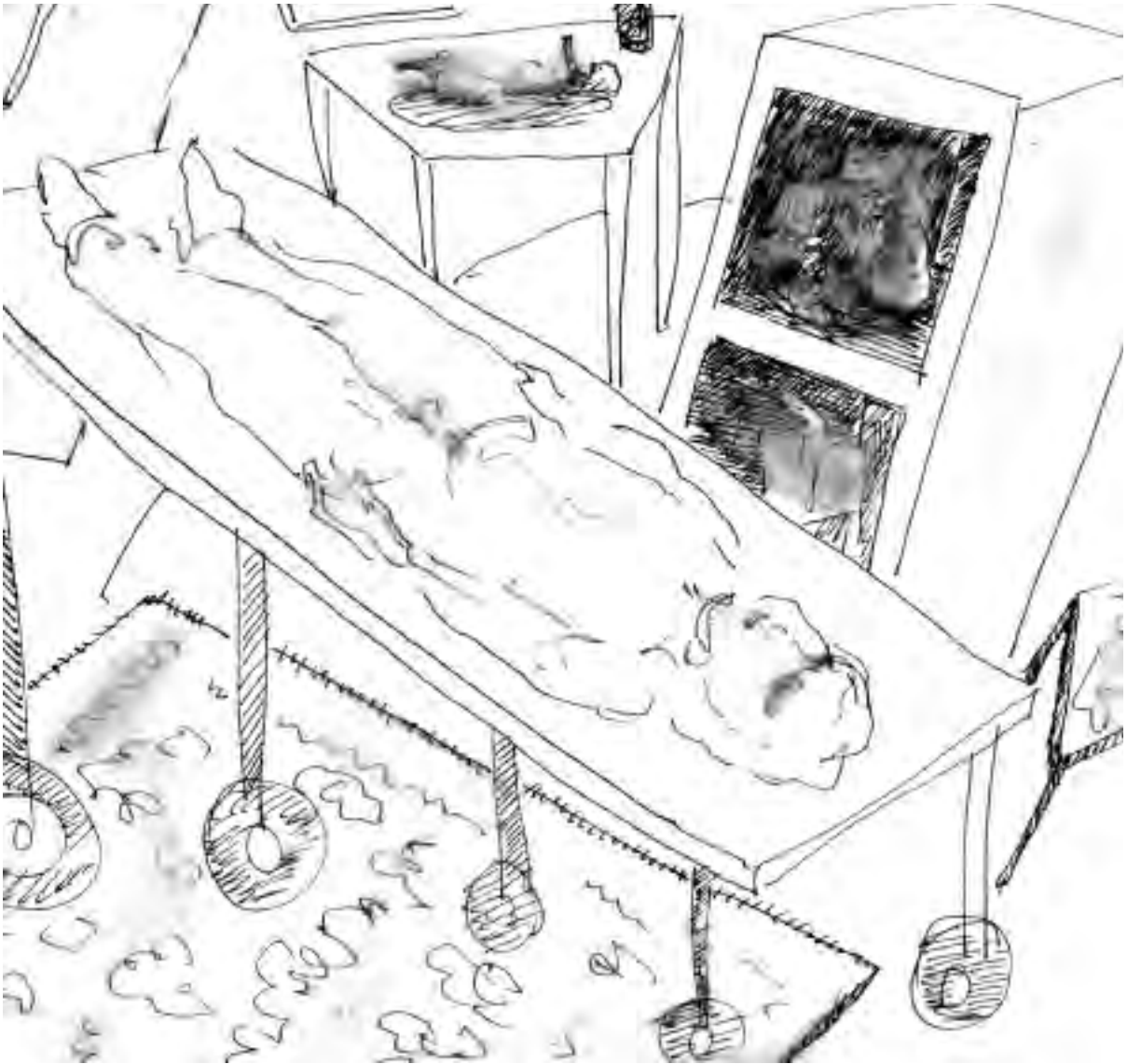
(fragmento de novela)

Jorge Harmodio Flores

Septidi, piedad.salitrería (7/floreal/CCXIII?)
 ¿Quién soy? Sala de recuperación. Trago de jugo de manzana. Al centro de la cara, un golpe detenido, congelado, ahí, doliendo quieto. Tengo gasa en la nariz. Estoy sangrando. Estoy entendiendo. Esto es el cuerpo. Esto el dolor. Treinta y tres años y hasta ahora entiendo. Ésta es la carne, ésta es la tendencia de la carne: dolor, inmovilidad, espera, nada. Me suben a una camilla. Nos detenemos frente al cuarto 28. Soy depositado. No me puedo mover. Estoy borracho. Por casualidad, mis ojos van a dar a la toalla que trajo M, era la toalla de ex.coamante, trae su cuerpo marcado. Lo pienso. Pienso ese cuerpo de veinticinco años, entero, autosuficiente, en pleno uso de sus facultades. Lo imagino junto a éste, ninguneado y convaleciente, y una lástima reflexiva se apodera de mi morfología: solo, abandonado, anestesiado, parezco canción de José Alfredo. / Pesadillas. Sueño que el catéter se abre y me desangro en silencio sin que la enfermera se dé cuenta. Imagino la parte del catéter que no veo, la que se halla dentro de mi vena. ¿Será metal o será plástico? Catéter y aguja me mantienen aquí, quietecito, anclado al hospital: grilléter, punta clavada como bandera en el corazón del antebrazo, anuncio espectacular que certifica que esta carne es propiedad de la bioquímica: por aquí se llega a esta sangre. Intento dormir. No puedo. Imposible dormir respirando por la boca, boqueando como pez fuera del agua, babeando. La noche y el día pierden sentido: ambos caben en el recuadro de la ventana. Termino de leer *Desgracia* de Coetzee, la novela me deslumbra y me arrulla, sus animales dolientes me conmueven; cuando dueles eres eso: cordero pascual,

ojos de perro con parvo.virus. / Ya no puedo leer, ni escribir, ni dormir, así que me dedico a matar el tiempo a oscuras. Me tienen a dieta blanda: me da hambre. Tengo las esperanzas puestas en los cuernos y el café con leche que la enfermera prometió para el desayuno de mañana.

octidi, piedad.salitrería (8/floreal/CCXIII?) Sueño con una sucesión de alacenas: cada alacena esconde una variedad distinta del dolor. Abro la primera: la voz cantante dice: esto que estás padeciendo no representa ni una gota de todo el dolor posible. Abro la segunda: veo carne doliente, torturadores argentinos, inquisidores medievales, una cruzada de niños cabizbajos caminando con estandartes clavados en el cogote, reportajes de Ruanda, machetes. De pronto, un ruido extraño e insistente llama mi atención. Abro otra alacena y encuentro a un hombre con bigotes de ratón cantando una canción ranchera: es José Alfredo, su dedo índice señala un corredor flanqueado de puertas abatibles por donde es posible otear mesas puestas, hornos, cocinas, manjares humeantes: son las especialidades culinarias que ex.coamante me enseñó a cocinar: sopa tailandesa para la cruda, gratinado de espinacas contra el frío, conejo al vino tinto en su cumpleaños, curry aporreado en aquel mortero hindú que le regalé, sopa de calabaza del huerto de sus padres, y hasta ese huevo frito para los días de alacena vacía. En eso, la voz de José Alfredo se transmuta en una voz femenina que da órdenes. Despierto. Es la enfermera: tiene voz de sargento de caballería. Abre la ventana. Tengo frío. Me



Tinta china/papel (detalle), 26.5 × 19 cm, 2007

vale madre, este cuarto apesta. Pero tengo frío. Yo estoy sana, tú no te puedes levantar: te chingas. Sin que ella se entere, le cambio el perdón por el desayuno. El café con leche sabe a gloria y a madres juntas. Pan. Mantequilla. Labios anestesiados, que al calor de la mermelada quieren pronunciar un verbo: sobre.vivir.

octidi, piedad.salitrería (8/floreal/CCXIII/?) Visita del viudo de fierro.de.molino y de mi amigo M, alemán y culichi respectivamente. Son complementarios: uno llega con *Le Monde* del viernes, el otro con *Le Monde* del sábado. M deja unos audífonos y un mini.reproductor con canciones de Los Tigres del Norte.

A las siete el sargento de caballería corre a las visitas. En cuanto se van, llega José Alfredo y se hace de los lugares. No es bienvenido, pero no le importa. Se sienta junto a mi cama. Sus bigotes de ratón se estremecen conforme abre un costal con cinco años de recuerdos. Saca una foto: Ahuacuotzingo, corazón de la sierra de Guerrero, tres marionetistas francesas de gira y un mexicano feliz al centro. Los senos nasales del mexicano se nublan. Huyó entre las páginas de *Le Monde*. En vano: el pronóstico meteorológico anuncia llanto. Espérate. Llorar no ha de ser bueno en este estado. ¡Qué estado, éste de Guerrero! se burla José Alfredo. Cállalo, rápido, papel, pluma, dos puntos: entierro una foto en Ahuacuotzingo entierro un bautizo en Acapulco entierro una cacerola de arroz basmati entierro ese acento chilango francés con que me hablaba y así sucesivamente. A cada paletada, la meteorología se despeja, como si las paletadas fueran despejes de meta pateando un balón al fondo de una fosa nasal tapada. Dos hojas después, los entierros levantan la cabeza:

entierro al hombre alfombra
entierro lo que tú digas
entierro hice lo que pude
entierro ¿qué hice mal?
entierro tan bonita novia
vivan Los Tigres del Norte
viva nariz
viva BALZAC
viva mi próxima novia

Cursi pero cierto. Una hora de paletadas lograron que José Alfredo saliera del cuarto, no sin antes despedirse con un beso de buenas noches y un hasta mañana.

nonadi, ex.nidito.de.amor (9/floreal/CCXIII/21:14)

Por la tarde el doctor B extrajo varios kilos de estopa absorbente de mi nariz. Dejó una pomada y una orden: úntesela diario. Luego firmó el alta y me quitó el catéter. ¿Me lo puedo llevar? ¿Para qué lo quiere? De souvenir. ¿No prefiere uno nuevo? No, quiero éste, el que pasó tres días en línea con el corazón. Lléveselo, pues, pero lávelo bien; nos vemos en dos semanas. Los músculos de las piernas hacen muecas de desagrado porque ya perdieron la costumbre del movimiento: órale, cuerpo, chíngale. Pian pianito. Gallo gallina metro. campo.fornio, línea.cinco, estación.del.este, línea.cuatro, estación.del.norte, calle.la.fayé. Al cruzar el puente sobre las vías, la tentación de un café en el Desliz me llama, pero las energías necesarias para cruzar la calle no se dan cita. Además, me da vergüenza entrar al bar con la cara llena de gasa. / El catéter yace quieto en el bolsillo de mi saco. Era de plástico el cabrón, y yo temiendo metal. Lo miro a los ojos. Tú no eres un souvenir. Tú eres un pinche catéter sin corazón. Con fuerzas flacas, lo lanzo al mar de vías de la estación.del.este. Conforme mis pasos se aproximan al nidito, una pregunta me asalta: ¿cerré con llave la puerta antes de salir? / Y al girar la perilla del 207, calle.la.fayé, segundo piso, departamento 10, la puerta cede: alguien la ha abierto previamente. Hay luces encendidas, cortinas abiertas, agua hirviendo: la casa huele a curry de cordero. ¿Qué haces tú aquí? Espera, Georges... quiero hablar dos palabras contigo.

decadi, ex.nidito.de.amor (10/floreal/CCXIII/12: 18) Dice Gumucio que tanto la novela como el matrimonio se sustentan en promesas que, cuando están a punto de cumplirse, se transforman en otras promesas. Si la mano que ayer giró la llave de ex.nidito.de.amor hubiera sido mano de novelista, sería posible leer la sorpresiva presencia de ex.coamante como una promesa a punto de cumplirse, una vuelta de pericia que, confiemos en el novelista, conducirá el relato hasta el final feliz. No fue así. La mano de ayer se quedó quieta, titubeante, y por toda reacción se llevó dos dedos tartamudos al rostro para buscar a tientas la gasa y constatar que la sangre había empezado a manar. El cuentista preguntó ¿qué haces *tú* aquí? Ex.coamante dijo que necesitaba hablar conmigo y me preguntó si quería un plato de curry. Me negué. Ex.coamante confesó que estaba sufriendo mucho, que lloraba a diario, que el insomnio la torturaba. Yo le expliqué que encontrarla así de pronto, tras una semana tan sangui-naria, era como si el doctor B y José.alfredo me esperaran en la sala de la casa para anunciarme a dúo que hay que operar de nuevo. Pregunté ¿qué propones? Yo deseaba: regresemos. Pero ella no dijo nada. Yo tampoco. El silencio no le hacía bien a mis fosas nasales, así que bajé en silencio las escaleras y enfilé hacia el Desliz. Salió tras de mí. Me siguió un rato. Luego, como volviendo la espalda a una novela, se dio la vuelta y desapareció.

Jorge Harmodio Flores (Mexicali, Baja California, 1972). Estudió la carrera de Ingeniería en Sistemas Computacionales. Es administrador de la página malversando.com, donde publica cuentos y minificciones. Un relato suyo aparece en la antología *Nuevas voces de la narrativa mexicana* (Joaquín Mortiz, 2003).

quintidi, ex.nidito.de.amor (15/floreal/CCXIII/11: 32) Hace diez años, un otorrino.laringólogo de la avenida San Cosme diagnosticó que yo tenía el tabique desviado, que la desviación era degenerativa, que tarde o temprano habría que operar. Como pertenezco a esa clase de personas que se refugian de las perplejidades existenciales en el diccionario, me conecté www.drae.es:

tabique (del árabe *tasbik*): separación en una estancia, pared de ladrillo. 1. Pared delgada que sirve para separar las piezas de la casa. 2. Por extensión, división plana y delgada que separa dos huecos.

Tabique, dos puntos, artilugio de separación, dispositivo para echar distancia de por medio y alejar, física o simbólicamente, dos huecos, dos piezas de una casa, dos zonas distintas de una estancia. Luego entonces un tabique recién remodelado es indispensable para poder consumir una separación. Y quizás, al auscultar mis fosas nasales, aquel otorrino de la avenida San Cosme presintió mi naturaleza fusional, mi no saber separarme y por eso diagnosticó que tarde o temprano necesitaría una cirugía de tabique, porque sin tabique no se puede sobrevivir o porque en el fondo el tabique fundamenta al amor. 📍



Espacios múltiples, ciudades perdidas (desde mi ventana), óleo/tela, 80 × 60 cm, 1999

De líneas y nada (fragmentos)

Christian Anwandter

El proceso

Se impone el derrumbe a lo largo de la fibra de un impulso ciego.
Es la meta que el aire le fija al pulmón destrozado a los pies del lenguaje.
Los puños se hunden en la íntima bruma que cae del sol al latir de los ríos.
Y no hay pausa en la humedad tejida en que el cuerpo se oculta y limita.
Las manos agitan el viento en silencio y construyen navíos de espanto.
Y la noche transcurre en murmullos que obstruyen el golpe total de las olas.
Los hombres entonces invocan a náufragos de otra presencia.
Sus bocas profieren palabras que implican sentido.
Sus bocas son enormes navíos que transportan el lúgubre amor de un origen.
Así una pregunta renace en el fondo olvidado del sueño en que el hombre conserva su vida.
Así una promesa atenta y remota alimenta el valor de unos pasos cerrados.
Una tierra perdida en el pecho conserva el furor sublevado del polvo.
Ahora se vuelve a casa y se ve que el trayecto es compuesto en provecho.

La operación

Del tajo de letras sostenidas un tiempo rebrota la sangre de un rostro vacío.
Pero el rostro del tiempo no necesita la herida que inflige el amor de lo justo.
Hay rostros dejados de lado que son ellos mismos el tajo del tiempo.
Y así las palabras que operan apenas suturan la herida visible a los ojos.
Del tajo de letras sostenidas un tiempo rebrota la sangre de un rostro vacío.



Tinta china/papel (detalle), 26.5 × 19 cm, 2007

Última ausencia

No hay una voz detrás de estas letras que al ser leídas conmueven en silencio a la voz.
A veces parece que cada línea escrita implorara escapar a través de una mirada ajena.
Entre líneas reincide una voz olvidada que intenta anteponerse ante cualquier memoria.
Es entonces que el tiempo se proyecta y prolonga con un ritmo asfixiante que obliga.
Y los hombres se encogen de pronto asediados sin entender porqué nadie se escucha.

La enfermedad es una estela suicida que acentúa la costumbre amorosa de los ojos.
Es costumbre enfermarse ultimando una voz que se esconde entre líneas del tiempo.
Al final de la estela hay un punto de urgencia que impulsa a acercarse al abismo.
Pero la muerte así vista es la imagen creciente de una voz que idolatra su ausencia.
Por lo cual yo me corro del juego y me encargo de morir bien a salvo a lo lejos.

Paisaje

En torno a un punto muerto preciso lo escrito despliega el registro de un asedio.
Sopla el viento y traza líneas sobre una materia desnuda que espera una entrada.
Se trata de un desierto y de figuras listas para abordar un río.
Pero el hombre concibe un objeto antes de hundirse en el río que habita.
En el desierto hay líneas de sueños administradas por la sed.
Cualquier objeto es un río que corre al eclipse de un tiempo.
No tiene sentido el formarse a la espera de un objeto que muere en sí mismo.
En verdad el objeto atacado es el aire y apenas se dicta una respiración.
Solo en un punto muerto el preámbulo es arte de un poema que avanza.

Los bordes del habla

En nombre de un sueño inhabitable se larga el lenguaje a un más allá de su uso.
O es el uso en los bordes del habla en que el cuerpo se entrega al desamparo de la niebla.
Y la niebla prosigue su marcha a través del bullicio de un territorio hambriento.
Domina lo extraño el deseo incompleto de fundar en palabras la vida.
En nombre de un sueño se hizo la niebla adarga de lo mudo y voz de plenitud dispuesta.

Veloz vacío

Cruza antes de estar afuera.

Una extensión más y ambos nacemos.

Una utopía

O acto o gesto, estas líneas, detenido
tiempo elaborado, crean cuerpo,
pues otro integra a sí, y crece o rompe
espacio al que una mano da sustento,
ya que el obrar sujeto está al lenguaje,
todo lenguaje a un tiempo,
y en ese tiempo hay que decir lo justo,
o entonces un tirano nos implica,
o bien nosotros mismos a nosotros
mismos derrotamos, convertidos.

Memoria ciega abruma la mirada,
a veces sólo el sol se ve visible,

se ve y el sol de allá no ve de vuelta,
pues libres de destino están sus rayos,
el fin lo encarna el hombre entre palabras
que corren por el río hasta tocar
olas de mar, y vamos imponiendo,
acumulando fe, sedimentando
historia, sin que un límite del resto
exista en plena noche a ciencia cierta.

La libertad no brilla desde afuera,
no acepta el curso, entonces, ni al estado,
sino que hacia lo extraño se derrama,
abre un refugio abierto en que se siente,
se desenvuelve el mar de los sentidos,
la espuma del objeto ante los ojos
nace, y alrededor es parte plena
de nosotros, que amando más aún
alzamos esta lengua, arrinconando
al pecho opaco, al sol volviendo cuerpo.

Christian Anwandter (Santiago, Chile, 1981). Máster en Semiología del Texto y de la Imagen en la Universidad de París VII. En París, participó como editor de la revista de poesía *Nigredo*, en la que también publicó poemas propios y traducciones de poesía contemporánea francesa. Actualmente reside en Santiago de Chile, escribe artículos sobre poesía para la revista *Ronda* y edita la revista de poesía *VA*, además de participar como coeditor para Ediciones Tácitas en diversos proyectos.

La salida del metro

Vania Rosas

Las puertas se abrieron y salió al andén mirando hacia ambos lados para encontrar la salida. Frente a él estaba el cartel de una película reciente, el anuncio decía: “Bulevar de la muerte, siga la flecha”. A Sergio le pareció una señal porque la verdadera salida estaba en esa dirección, así que decidió que se sentaría a esperar. Sudaba frío. Tomó su teléfono e hizo una llamada. Ven a buscarme, dijo, estoy en el metro. No puedo moverme de aquí. Ella supo que era otra de sus crisis y después de pensarlo, decidió ir en su busca. Mientras él esperaba, las puertas de los vagones del metro se abrían una y otra vez, y la gente entraba y salía.

La percibió a lo lejos y se acercó a abrazarla. Ella lo empujó y le dijo que se sentara.

—No puedo salir, algo va a pasar. Tengo miedo de morir.

Ella sacó de su bolsa un frasco lleno de pastillas de colores. Le dio una píldora naranja y una botella de agua.

—Toma una para calmarte, te sentirás mejor.

—Este lugar encerrado es más seguro para mí que estar allá afuera, aquí tengo la certeza de estar vivo. Tienes que traerme algo de comer y algo para pasar la noche, mañana me sentiré mejor. La calle es una amenaza —dijo temblando—, no puedo irme.

Ella le dio otra pastilla y maldijo a la tía en su interior. —No te puedes quedar, la policía te sacará tarde o temprano. Además, no creo que puedas soportar este ruido por mucho tiempo.

—Pero es que... me voy a morir atravesando la calle, me van atropellar o alguien pasará, me robará y me golpeará en la cabeza tirándome en el piso. No me preguntes por qué pero esta vez es cierto. Sé que el solo hecho de dar un paso afuera me mataría.

—Cálmate, levántate, yo te acompaño a la casa. Prometo que te llevaré hasta la cama y esperaré a que te duermas— decía su hermana mientras le daba otra pastilla.

—Siento una opresión en el pecho, me cuesta trabajo respirar. Bajando del metro vi el cartel que anunciaba el “Bulevar de la muerte” ¡Es una señal!

Ella no hablaba, estaba cansada de sus trances. Los tacones de las mujeres y



Tinta china/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

aquella nota persistente que indicaba que las puertas del metro se iban a cerrar, la taladraban. Le costaba soportar el olor y la cantidad de gente que iba de un lado al otro, empujándolos a veces. Tampoco lo aguantaba a él, pero le había prometido a su madre que siempre cuidaría de Sergio. No era la primera vez que él sufría un ataque de miedo por cualquier cosa y que ella tenía que sacarlo de algún lugar. Su inseguridad era secuela de la estancia en casa de su tía Josefina.

—El exterior me oprime, no quiero morir. No me dejes —gimió y se tomó otra de las píldoras.

Ella sólo escuchaba. No entendía por qué quería quedarse ahí, quizás para contrarrestar el miedo de quedarse solo.

Sergio vivió con la tía Josefina cuando era niño, porque era muy rica y le podía dar todo lo que necesitaba. Muy tarde, sus padres se enteraron de que una vez al mes ella se volvía loca. Cada vez que le daban esas migrañas espantosas, Sergio corría a esconderse antes de que lo mandara al sótano, pero nunca lo lograba. Una vez ahí, se quedaba solo durante un par de días, sin nada que comer y con un vaso de agua. En el cuarto había una pequeña ventana situada al nivel de la calle y a veces estaba entreabierta, lo cual le permitía ver de forma esporádica un poco de luz y la sombra de los pasos de la gente. También, ese mismo reflejo le dejó ver las ratas y las telarañas. La primera vez que las vio, gritó con tanta fuerza que una vecina que pasaba por ahí se dio cuenta de que alguien estaba encerrado en ese lugar. Unos minutos después, la mujer volvió con una bolsa llena de alimentos, una vela y cerillos que pasó a Sergio por la rendija con dificultad. El niño, a partir de entonces, dormía sobre la mesa para evitar que lo mordieran las ratas.

Cuando cumplió quince años, Sergio regresó con su verdadera familia. Su madre se dio de cuenta que era una persona muy insegura y de que tenía pesadillas todos los días. Sus crisis de miedo lo paralizaban.

—Anda, tómate una pastilla y vamos caminando poco a poco hacia la salida.

—Creo que me siento mejor, pero todavía no me puedo ir.

—Ven, yo te tomo de la mano, verás que no te pasará nada en el camino. Además, mira al señor, está quitando el anuncio del “Bulevar de la muerte”, ves que no quiere decir nada.

Sergio estuvo internado en un hospital psiquiátrico y se vio obligado a tomar tranquilizantes de por vida. Su madre, al morir, lo encargó a su hermana, a quien le pidió que siempre cuidara de él. Cuando el padre murió, ella se quedó a cargo de Sergio, lo que acabó por frustrarla. A la semana ella también empezó a tomar medicamentos para la depresión y todos los días las pesadillas la asaltaban, como a él.

—Dame otro comprimido, hermana, no me siento bien.

—Tómame dos—, dijo mientras iban saliendo del metro.

Era de noche. Sergio ya no podía hablar y ella lo iba casi arrastrando. Lo llevó por la salida que estaba más sola. Él cayó inconsciente cuando dio el último paso hacia la calle. Ella volteó a ambos lados, no había nadie alrededor. Entonces comprobó que el frasco estuviera vacío. Luego le quitó la cartera y todo lo que traía encima para que nadie lo identificara, lo vio de reojo y se fue caminando a su casa, a dormir tranquila por primera vez. **P**

Vania Rosas (Ciudad de México, 1973) es doctora en Microbiología por la Universidad de París VII. Actualmente cursa un posdoctorado en aquella ciudad y participa en investigaciones en torno a la bacteria que causa la tuberculosis.

Un lugar llamado Bogópolis (historias)

Camilo Bogoya

La cabeza de Mónica

La Toyota frenó en seco y desde sus ventanas fueron arrojadas siete cabezas hasta la pista de la discoteca. Un triunfo memorable que se contó en toda Bogópolis y borró de la memoria colectiva tragedias anteriores. Homo hizo el recuento de aquella colección: los hermanos Rodríguez, el cura disidente, el vendedor de cigarrillos que siempre había sido un fracaso de la policía. Luego Carlitos, dizque su brazo derecho, y ese tormento de esposa llamado Mónica: ojalá ambos sigan revolcándose en la eternidad. Y por último, la cabeza barbuda y sobresaltada de Bautista, el dueño de la discoteca. De un momento a otro, el empresario había comenzado a apoderarse del fulgor de la noche, la libertad de las mujeres, la conciencia pública. Fue la cabeza de Bautista destrozada por la codicia la que Homo encontró el lunes en su puerta, el miércoles en la bañera, el domingo en su escritorio de roble. En esta ocasión, Homo decidió respirar, sentarse frente a frente y ofrecerle un whisky a su enemigo. Al principio, Homo pensó que incluso en la muerte, Bautista intentaría engañarlo, comprar a sus amigos, proponerle negocios que serían emboscadas. Pero la cabeza de Bautista ganó la confianza de su asesino hablando del pasado. Recapituló la infancia de Homo, cuando caminaba con los pies descalzos; habló de su padre, cuando ambos se encañonaron; habló de su miedo a morir por la espalda, de un estreñimiento crónico que no le había confesado ni siquiera al perro comprado en Europa y adiestrado por los ingleses para mamar la verga. La cabeza habló del presente, se detuvo en

la masacre; las víctimas estaban deambulando, sobre todo Mónica, que llevaba días vagando con un coro de sombras; la misma Mónica que salía por la puerta trasera de la discoteca cuando podía, aquella Mónica que había muerto sin decirle a su esposo que tenía el falo de una tortuga, que necesitaba de Carlitos, del cura, de los hermanos Rodríguez, de todo el que se lo pedía para intentar huir del hombre omnipotente y estéril que sin embargo amaba. Homo notó que el vaso de whisky estaba vacío. Se levantó, volvió a llenarlo, y acariciando su escritorio de roble abrió el cajón, sacó su cuchillo y como un torero perforó la cabeza sonriente.

Amalia

Al poco tiempo la discoteca abrió sus puertas. El piso donde rodaron las cabezas se clausuró y la planta alta se convirtió en pista de baile. A través de los grandes ventanales perforados de luces se podía ver el tráfico, las bandas de adolescentes, las disputas callejeras. Al principio se pensó que Tropicana iba a quebrar. Pero la fascinación del terror fue un buen presagio. Aunque la prensa local no se atrevió a dar la noticia, y en una emisión radial se cortó un testimonio, era *vox populi* que atravesando el puente de la 45, en la plaza de Bolívar, en el patio del palacio presidencial, los cuerpos decapitados vagaban irradiando una fosforescencia triste. En cambio, las cabezas aparecían en otra parte, en los rellenos sanitarios, después de los partidos, en las escaleras que llevaban al Congreso Nacional. Saber el nombre de la discoteca, la dirección, el



Tinta china/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

detalle de los acontecimientos se convirtió en una pasión urbana, y una noche, en las mesas de la planta alta, los grandes y pequeños se sentaron con dos botellas de aguardiente y ron. Volvió la vida al barrio. Si uno quería morir joven había que tomar un taxi, bajarse en Tropicana, rascarse las huevas por última vez e invitar a bailar a una mujer acompañada. Por fortuna, algunas capitalinas formaban grupos y se iban a luchar solas con los leones. Fue allí, en esa Tropicana cubierta por el luto, donde supe que el sol no era el único astro con luz propia. La vi llegar, alta y delga-

da, acaso noble y ágil, y bebí crispado en sus ojos. Sé que llevaba una falda y unas botas cafés, pero esta frase es accesoria: al bailar extendí mi mano por su cadera y sentí que no llevaba ropa interior. Recordé los clichés de mi educación sentimental, los chistes flojos del vademécum; recordé que mi padre y mi abuelo se sometieron a las mismas palabras para que una noche estuviera yo en Tropicana, escuchando *moviendo la cadera, a la derecha, a la izquierda*, disimulando mi dislexia, pagando los platos rotos del pasado en que no pude aprender *tiene swing, y baila swing, y goza swing*,

tomándome una y otra cerveza y volviendo a creer en Dios después de tres décadas inapelables y ateas porque una voz después del fracaso me preguntó *¿vienes seguido?*, una voz a la que no pude responderle sin tartamudear otras cosas, una voz casi infantil, clara y brillante, una voz que declinó invitaciones y estuvo allí, a mi lado, y escuché toda la noche, incluso junto al café de caridad que me dieron mientras amanecía tras los ventanales y la ciudad parecía esfumarse como el vapor de un tren antiguo, y yo, solo, solo después de horas, seguía escuchando esa voz, seguía intentando descifrar los números de su teléfono anotados en la palma de mi mano, y preguntándole otra vez al mesero, *oiga, mire, vea* esa palma que contenía mi destino y con los roces de la noche no había dejado más que las ruinas de un nombre. *Sí, ahí dice Amalia*, sonreía el mesero. Pero los dos sabíamos que decía *Armando*.

La súplica

Tal vez fue el número de conquistadores vencidos, los senos palpitantes de las indias o la promesa del Dorado, en todo caso, las chozas de Bogópolis llevaron por un tiempo el nombre irreal de Nuestra Señora de la Esperanza. No sé con qué nombre mítico la llamaron los indios que hace mil años veneraban hombres dorados que desaparecían bajo el agua. En todo caso, me fui a buscar los vestigios de esos templos, recorrí la vasta Catedral Primada, imaginé el fervor del franciscano que cavó la tumba de su perro, encontró un tesoro y se lo ofreció a Dios, para que se levantara durante

diecinueve años de esclavitud el Templo de la Tercera. Encontré la Iglesia de Veracruz, donde siguen descomponiéndose los próceres que lucharon por la fallida libertad. Visité las iglesias coloniales, los edificios mormones, los templos protestantes; me colé en la mezquita de la 45, y le pedí a los dioses sempiternos que me concedieran ese cuerpo de veinticinco años, esa mujer llamada Amalia, ese otro mar, ese otro sol, esa otra noche, porque en mi navegación urbana había perdido ya el curso de los astros, la distinción de los días, la memoria de los ritos sociales, y lo único que me importaba era volver a ver esos ojos errantes por los cuales yo también haría la independencia, escribiría himnos y masacraría nacionales y volaría edificios y exterminaría especies y combatiría el curso de los ríos, ese nombre que después de tantos años me sigue estremeando, ese temblor en los labios con el cual tantas veces he estado a punto de besar a la muerte.

Un bolero en Bogópolis

Homo no creía haberse ensuciado las manos con el marido de la Bruja. Por eso cuando la Bruja fue a buscarlo, Homo le dijo que lo sentía, que él también había perdido a Mónica, su esposa, que aparte de la corona de flores enviada el día de las exequias, no tenía vela en ese entierro. La Bruja le dijo que se sentara detrás de su escritorio de roble. Homo se sentó y escuchó en silencio. El marido de la Bruja había muerto antes de tiempo. Es cierto que no era un marido ejemplar, sobre todo su tendencia a mezclar el alcohol con las mujerzuelas



Tinta china/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

era de dominio público. Homo se sirvió un whisky. Sin embargo, pocos sabían que ese vendedor de cigarrillos era un informante de la policía, y más pocos aún, que ese policía callejero era un informante de las pestes del mal. Homo interrumpió para precisar que era cierto, él había pagado por el nombre de dos o tres oficiales. Y por conocer el número de efectivos que trabajaban en la zona, agregó la Bruja, y por la agenda ginecológica de la amante presidencial, y por el in-

forme original de las armas vetustas que nos cedía Washington. Pero había venido a hablar de otras cosas. Si los fatídicos hechos se hubieran retardado, su marido habría alcanzado a cumplirle la promesa que justificaba su existencia. Y por haberse muerto sin cumplir su palabra, la Bruja lo devolvería a este mundo, de manera transitoria, apenas para bailar un bolero por las calles de Bogópolis y quedar en paz. El rito estaba casi consumado, y no sólo su marido sino los otros seis

decapitados volverían por unos instantes. Lo único que le faltaba era un pelo arrancado de las huevas que habían decidido la masacre. Las palabras de la Bruja resonaron en la alcoba, atestiguadas por veinticinco años de labor clandestina, consultada por los poderosos, los enfermos terminales, los hombres caídos en la desdicha. Homo le dijo que si era tan bruja pues que viniera a buscarlo ella misma. Diez minutos más tarde, con el escritorio de roble en desorden y un vaso derramado, Homo se subía los pantalones. La Bruja, con la mano en la puerta, le dijo que en cualquier momento pasara a buscarla para intentar resolver el arduo problema de su penis tortuga. Y agregó que estuviera listo. Mónica estaba de regreso.

La promesa

La ignominia, la enfermedad, el olvido, todo menos llegar a viejo siendo un policía disfrazado que vendía cigarrillos y le fiaba a las putas. Se había casado con la Bruja, que no le daba ni un centavo para salir adelante. Sabía leer y escribir y multiplicar sin papel los números de dos cifras. La inteligencia militar lo había contratado para labores de vigilancia, los amos del hampa para labores de infiltración. Durante un tiempo fue feliz. Dinero, poder y mujeres, además de ser el hombre mejor informado en el barrio. Un amor platónico por el alcohol le estaba devorando el hígado, y las ansias de tener más poder comenzaron a zumbarle en la cabeza. Aunque la Bruja nunca había querido trabajar con él, ahora era el momento de unir sus fuer-

zas. La noche de la decisión llegó a casa con el tufo de sus hábitos, se metió bajo las cobijas y le hizo una promesa a su mujer. El ritmo de la historia y las revoluciones estaba dado por los grandes asesinatos. Había que apuntar a la cabeza y tomarse el poder. Con una bruja como esposa sería invulnerable. Además, tarde o temprano, alguien metería la tripamenta de Homo en una bolsa de la basura. La Bruja dijo que, en efecto, era una obra piadosa. Pero recordó enseguida y en voz alta que las promesas no cumplidas eran aves de mal agüero. El policía separó con ambas manos las piernas de su esposa. Al tiempo que entraba en el Jardín del Edén, le murmuró al oído: te prometo que lo mataré.

Polvo eres y en polvo te convertirás

Homo abrió los ojos y vio el rayo de luz que perforaba su ventana. *Polvo eres y en polvo te convertirás*. Si fuera realidad el presagio, Homo no se despertaría pensando en Mónica, en ese cuerpo que ha debido incinerar para que se lo llevara el viento. Si la Bruja tenía razón, si los periódicos que él había mandado callar habían visto lo que vieron, entonces Mónica, descabezada, regresaría. Lo que le quedaba por hacer si llegaba el momento era recordar la primera vez que se vieron, era tomarla del brazo, encerrarla en una pieza, escarbarla entre los muslos, exigir que aceptara el miembro incipiente, un pulgar en la boca y el otro en la desembocadura de las heces. En ese primer encuentro, Mónica había imitado todos sus movimientos; pero fue más osada que él y agregó un dedo, un gemido, y dejó

un rastro de sangre en los labios de Homo. Si todo se repetía, ese rastro sería la única prueba, más que la fatiga y la derrota, del paso de Mónica por el reino de los vivos. Observando el rayo de luz, las traiciones de su esposa y las mentiras necesarias se convirtieron de repente en el polvo de los años. Homo quería gozar de su mujer, demostrarle que la vida era una equivocación, que todas las veces que la había penetrado eran falsas aproximaciones. Homo quería ver el fantasma de su Mónica, romper la barrera ilusoria que separa el polvo de la carne, demostrar que un hombre como él era más que esa materia hecha de balbuceos y ritos sociales, demostrar que él también podía acostarse con la muerte. Confiando en otra victoria, Homo volvió a cerrar los ojos y se hundió en la cama vacía.

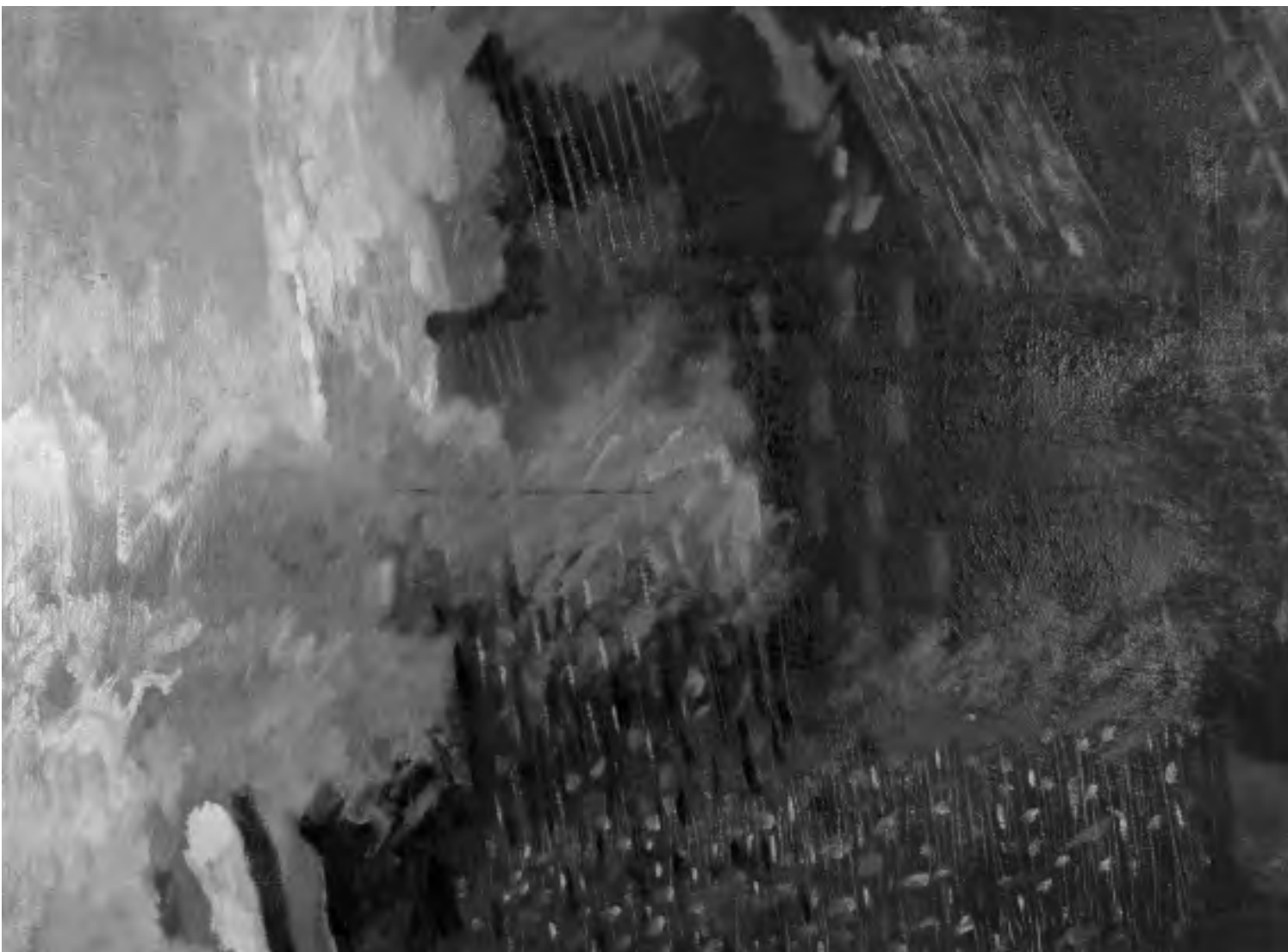
El manco

Todo el mundo lo llamaba Abelardo. Había conocido a la esposa de Homo en la plaza de mercado, al lado de las lechugas y las manzanas. En ese tiempo se echaba gomina, vivía en la calle, tenía un olfato único para reconocer a las incontinentes. Sin tener ambiciones criminales, en los ratos libres le gustaba burlarse de la justicia, robar bicicletas y romper ventanas. Era dueño de un puesto de fruta y verdura, y al saber que Mónica iba los jueves al mercado, decidió aparecerse,

regalarle las cerezas que habían llegado esa mañana de Escandinavia, y todos los bananos que quiera, *¿todos?*, toditos mi reina, porque el nombre científico de este banano es *Musa paradisiaca*. Mónica volvió la otra semana, después de haberse instruido, a contarle a ese hombre que el banano, además de carecer de tronco, en realidad no era un árbol. Abelardo le confesó que en el patio de su casa tenía plantado un banano que habían traído los portugueses en el siglo de la esclavitud y que si quería podían ir a echarle un vistazo. Mónica contestó que era una mujer casada. Abelardo respondió que él era manco. *¿Entonces es cierto?*, dijo Mónica, señalando con sus ojos los dos brazos intactos. A la semana siguiente y durante meses y años, Mónica logró deslizarse entre el peluquero y el dentista para visitar el patio de Abelardo. Era cierto que había una mata de banano, tan ficticia como la historia patria. Era cierto que Abelardo era un ser incompleto, sin apéndice ni cordales ni cincuenta gramos de estómago. Era verídico que después de años, de un día para otro Mónica ni siquiera volvió al mercado, aunque esa renuncia repentina buscaba proteger la vida de su amante. Era verdad que Abelardo consumió sus días en el patio, abatido de pena moral, hasta que ella llegó una noche, envuelta en la bruma de la ciudad, rejuvenecida e imponente, silenciosa y frágil como una estatua. Abelardo la reconoció, pero no pudo sonreír: llegas tarde, dijo. Homo acaba de matarme. **P**

Camilo Bogoya (Bogotá, Colombia, 1978) cursó estudios de Literatura en la Universidad Nacional de Colombia, donde se graduó con una tesis sobre León de Greiff. Actualmente adelanta un doctorado en Letras Francesas. Ha publicado poemas, relatos y reseñas en revistas de España, Argentina, México, Francia y Colombia. Tiene un libro de cuentos inédito titulado *El soñador*.

Espacios múltiples, ciudades perdidas (tormentas), óleo/tela, 150 × 100 cm, 1995



La carta 42

Francisco Benavides

Cuando la vieja entró en la sala de espera, un horrible olor a barbacoa invadió el consultorio. El tufo de la mujer me provocó náuseas y empeoró mi dolor de cabeza. Me preguntaba por qué algunas personas lograban expedir con tal destreza humores asquerosos tan temprano en la mañana. Y una vez más, cómo me convenció mi prima de ir con ese ginecólogo que tenía fama más bien de curandero. Para colmo, su consultorio estaba en un lugar horrible del centro de la ciudad que yo ni conocía; simplemente no eran mis rumbos. Al ver entrar a la anciana y sentir su hedor, tuve claro que me encontraba en el lugar equivocado y que debía partir lo antes posible.

La sala de espera era un cuarto pequeño donde, además de un escritorio que hacía las veces de recepción, sólo había un par de sillas baratas de plástico, un viejo sillón de mimbre y una palmera de plástico quemada casi por completo por los rayos del sol. Un par de diagramas sobre el ciclo menstrual que colgaban de la pared y un buró con revistas completaban la escena.

La mujer avanzó lentamente hasta el sillón ubicado justo bajo la ventana que daba a la calle. Yo estaba en una de las sillas leyendo sin interés un folleto sobre las píldoras anticonceptivas mientras veía de reojo a la vieja. Desde que entró, ella me había observado, pero no me dirigió la palabra hasta que estuvo sentada y se acomodó la falda. Con fuerza y con una voz que me pareció amarga y violenta me dijo: ¡Buenas! Yo no respondí, simplemente me quedé callada. Yo no tenía ganas de conversar con ella, llevaba esperando al doctor más de diez minutos, no me sentía bien y lo único que que-

ría era irme. ¡Qué asco de veras!, pensé. ¡Aish, gente mugrienta!

La mujer no me quitaba los ojos de encima, y ni el doctor ni la recepcionista se habían aparecido. A mí me estaba entrando la desesperación, y aunque no sabía qué hacer, abrí mi bolsa y eché los cigarros, las llaves y el celular, para estar lista e irme en cualquier momento. Faltaban nueve minutos para las 10:00 y decidí esperar hasta esa hora para tomar una decisión. La verdad era que sí me urgía ver al doctor para salir de dudas. Ya había llegado hasta ahí y quizá lo mejor era aguantarme.

Mi cabeza estaba aún elucubrando argumentos que me hicieran soportar el olor y ser paciente, cuando escuché de nuevo su voz.

—¿Eres de Cadereyta, verdad m'ija? —preguntó.

La inesperada pregunta, al igual que la confiancita con la que me habló me irritaron. —¡Claro que no! —respondí a secas y comencé a hojear una revista *TVyNovelas*. Pero la mujer insistió como queriendo hacer plática. —¿Segura que no eres de Caderyeta? A mí se me hace que sí.

—¡Ya le dije que no soy de Cadereyta. Yo soy de aquí de Monterrey! —le respondí así medio fuerte, como para que ya no me preguntara nada—. ¡Yo ni conozco!

Pero lejos de lograr mi objetivo, la vieja se acercó a la parte del sillón que estaba justo a mi lado y dijo: —Pues deberías, chula, Cadereyta es un pueblito precioso. Yo vivía ahí.

Yo me ataqué de la risa y ahora sí, de manera grosera, le respondí: —¡Ay Señora, por favor! ¡En Cadereyta no hay nada, nadie sabe dónde está ese pueblo! Lo

único que se conoce de Cadereyta es la caseta de cobro de la autopista que va a Texas, esa que debemos tomar cuando vamos de *chopin* al Otro Lado.

La vieja decidió no continuar con la conversación y la sala se quedó casi en silencio durante unos minutos. Detrás de la puerta que conducía al consultorio se escuchaban ruidos que no esperaba, como si movieran los muebles de un lado al otro. Yo estaba histérica. La peste y la discusión me habían puesto de muy mal humor y lo menos que se me antojaba erairme a trepar a un aparato y abrir las piernas para enseñarle mi sexo a un pinche viejo loco que ni conocía. Le dicen *el valiente*, me había dicho mi prima cuando me lo recomendó, pero no quise saber por qué. ¡Valiente quizá, pensé, pero puntual, ni madres!

Saqué un cigarro y aunque había un letrero de No Fumar, lo encendí. Inmediatamente la mujer me fijó la mirada de nuevo y cuando pensé que me pediría apagarlo, dijo: —¡Usted es lo que mi amiga María Chuya llamaba la típica güerquilla del gorrito!— Y luego añadió una frase absurda e incoherente que me dejó perpleja: —*La carta número 13. Ponle su gorrito a la nena, no se nos vaya a enfermar.*

Yo me le quedé viendo esperando una explicación. Ella en cambio agachó la cabeza y comenzó a buscar algo dentro de su bolsa. De repente, sacó de un frasco blanco un par de chochitos homeopáticos que se tragó con una facilidad envidiable.

Abriendo la puerta del consultorio, el doctor interrumpió mis reflexiones.

—Buenos días —dijo.

—Buenas —respondimos ambas.

Sorprendido, supongo que por el olor a cigarro y a barbacoa que había invadido la sala de espera, titubeó un poco antes de explicarnos que tendría que retrasar las consultas veinte minutos más. Según él, una fuga de agua había contaminado algunos de sus instrumentos y esterilizarlos tardaría más de un cuarto de hora. Sin darnos tiempo a réplicas o preguntas, el médico desapareció de nuevo detrás de la puerta.

Al escuchar eso, me sentí completamente ridícula. No sólo tenía que aguantarme la peste y las loqueras de la vieja; no sólo me había levantado más temprano para estar como mensa esperando a que un puto doctorsucho me meta el dedo en la puchi; sino que además, ahora tenía que rezar para que el cabrón no me fuera a infectar con un pinche virus proveniente de la cañería.

Me dieron ganas de llorar y en verdad estaba a punto de irme, cuando la señora comenzó a hablar: —Un día al pasar otro 13 como tú, un *gorrito*, obtuve un viaje a Monterrey que cambió mi vida para siempre—. Yo estaba convencida de que a la viejilla le faltaba un tornillo; sin embargo, había algo en esa historia de gorros y treces que me intrigaba, y por qué decía que yo encajaba en esas categorías. Pensé que a lo mejor tenía que ver con lo de mi horóscopo y que la señora de la peste era en realidad una adivina de esas raras que hay en los ranchos. Ya me conoces, soy una curiosa Escorpión, y por eso me quedé.

—A ver, explíqueme cómo está eso de los gorros, porque no le entiendo nada —dije así como que no me interesaba mucho el asunto.

La vieja se enderezó un poco y me sonrió enseñándome su dentadura amarillenta. Me miraba con ojitos de



Lápiz/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

no que no querías saber nada y se inclinó hacia mí, como queriéndome contar un secreto. Inmediatamente saqué de mi bolsa unas pastillas contra el mal aliento y me eché una a la boca con la esperanza de que ella siguiera mi ejemplo. Para mi fortuna, ella aceptó agradecida.

Mientras esperábamos al doctor, me contó que era originaria del centro del país, pero que en los años ochenta se fue al pueblo ése de Cadereyta en busca de trabajo. Como el país atravesaba por una de las tantas crisis económicas, los familiares que vivían ahí le prometieron ayudarla.

—Era una época difícil —decía—, por eso no me quedó más remedio que ponerme a vender nopalitos a

los automovilistas que pasaban por la caseta de cobro de la entonces nueva autopista Monterrey-Reynosa.

Trabajando en esta caseta conoció a María Jesusa, una de las primeras empleadas de la caseta de cobro. La Chuyita, como le decían en el pueblo, no era ni muy bonita ni muy inteligente, pero era hábil para las cuentas. —Desde niña había trabajado en comercios y mercaderías, y eso la había hecho buena para los números—, me explicaba la vieja.

A Chuyita su trabajo le parecía simplemente una porquería. Se quejaba de que los coches se detenan tan poco tiempo en la caseta, que no tenía oportunidad de conversar con los conductores. Además, la mayoría

de ellos o iban de mal genio por tener que pagar o apresurados y molestos por haber sido detenidos. Muchas veces ni los *Buenos días* le correspondían.

Era un trabajo duro y aburrido —me decía la señora—, ni siquiera con los compañeros podía ella establecer una verdadera amistad, pues se la pasaban en su cabinita concentrados cobrando el peaje y haciendo cuentas. Además, cuando no eran horas pico, pues simplemente cerraban algunas casetas y los colegas regresaban a sus casas. La Chuyita quería dejar el puesto, pero su mamá estaba enferma y las medicinas eran muy caras, por lo que no podía darse el lujo de quedarse sin trabajo. Conmigo —decía la señora como excusándose— sólo platicaba durante los 45 minutos que tenía pa'comer.

María Jesusa era mucho más joven que yo —decía la doñita—, tendría hoy unos veinticinco o veintisiete años, yo creo que así como tú más o menos. Al oír esta comparación, la viejilla comenzó a simpatizarme; me había quitado unos cuantos añitos de encima, y pues, aunque oliera feo, al menos era alivianada.

—Ella era... ¿cómo te explico? —decía—, ¡sí, como Tatiana! ¡Ándale, como Tatiana!

—¿Cómo Tatiana, la cantante? —le pregunté.

—Sí, haz de cuenta como ella, una persona buena, muy sencilla, que sonreía todo el tiempo y que tenía amigos y eso, pero por dentro era una joven triste, solitaria. La Chuyita sufría por dentro.

En ese momento, la señora me dio ternura, porque luego me comentó: —Ella quería ser alguien importante, salir lejos, a Monterrey, por ejemplo. Uno de sus sueños era convertirse en la jefa del área de perfumería

en la tienda Liverpool o trabajar como recepcionista en uno de esos grandes hoteles de lujo del sur de la ciudad—. ¡Cositas, qué tierna, pobrecita!

Ya habían pasado los veinte minutos prometidos, y el doctor ni sus luces. Seguíamos solas en la sala de espera, y el olor de la mujer iba desapareciendo o quizá era yo la que ya ni olía nada. Eran casi las 10:30, encendí un segundo cigarro y antes de que yo pudiera decir algo, la mujer continuó hablando.

Un día, mientras trabajaba en la caseta de cobro, Chuyita escuchó en la radio que el cosmos se regía por fórmulas secretas que determinaban nuestro futuro. Estas fórmulas no podían ser modificadas, pero si se hacía un esfuerzo serio y constante, sí podían ser identificadas. Y lo mejor, según dijeron en el programa dedicado a la astrología, era que todos teníamos a nuestro alrededor las herramientas para descubrir estos códigos secretos que nos gobernaban.

La Chuya era una mujer creyente; desde hacía varios años asistía cada domingo a misa y pedía al Señor un milagro para que cambiara su suerte y poder salir de Cadereyta. Pero el Señor parecía estar ocupado y Jesusa perdía la paciencia. Por eso, al escuchar a la astróloga en la radio, decidió tomar al toro por los cuernos e intentar descifrar el código oculto que le revelaría su destino.

La vieja me contó que durante dos meses, María Jesusa anduvo investigando discretamente sobre las técnicas de adivinación y brujería que se conocían en el pueblo. Resultó que una señora del barrio utilizaba la lotería para descubrir las intenciones del corazón.



Tinta china/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

—¿La que se compra cada semana? —pregunté dudosa.

—No, m'ija, la lotería tradicional, con sus cincuenta y cuatro cartas que el gritón va cantando y vas marcando en la tarjeta, hasta que haces una línea de cuatro imágenes y ganas.

—Ah, claro —me dije, y recordé que hacía tiempo que no había visto siquiera ese juego de mis primeros años.

La vecina —siguió la doña— estaba convencida de que cada imagen había sido asociada por nuestros ancestros con un conjunto de cualidades humanas, y si se tenía el “don” de la adivinación, las cartas podían ser reveladoras. La señora decía que todos los elegidos recibían una señal divina en un momento dado, y en el caso de la Chuya, ésta había llegado a través de la radio. Por eso la veía como una digna sucesora de su

arte adivinatorio y animó a Chuyita a usar las cartas de la lotería para crear su propio sistema para conocer el futuro. Eso sí, para no equivocarse en la interpretación, le recomendó encomendarse siempre a la Virgencita de Guadalupe. Tras varias semanas de meditación, María Jesusa logró desarrollar un complicado sistema para entender la realidad y el porvenir a través de las cartas de la lotería.

Mira, m'ija, te voy explicar el método de la Chuya, pon mucha atención —me decía la vieja—. Cada mañana barajaba muy bien el mazo de cartas y al azar, pero con cuidado, sacaba cuatro de ellas y las acomodaba en orden frente a ella. Estas cuatro constituían una especie de combinación mágica que la Chuyita comparaba con los automovilistas que pasaban por su caseta, obteniendo una fórmula que le ayudaba a predecir su futuro. Según ella, y siguiendo las enseñanzas de la ve-

cina, cada uno de los conductores que pasaba por el peaje podía ser clasificado con alguna de las 54 cartas.

Por ejemplo —decía la vieja—, imagínate que en una de éstas se barajan y salen las cartas 23-41-21-4, es decir, las que tienen las figuras: *luna-rosa-mano-catrín*, ella anotaba los números en orden en un papelito y se los llevaba a la caseta. Durante todo el día se la pasaba observando a los automovilistas y esperaba a que un *luna*, que siguiendo su código era un chofer adormilado, pasara por ahí. Al identificar a este *luna*, se ponía atenta, porque si el siguiente conductor era una chica joven pero humilde, es decir, una *rosa*, que aparece en la carta número 41, el cosmos le dejaba entrever ya un poco de su destino. Imaginemos que el conductor siguiente fuera una *rosa* y el tercero un *mano larga*, como le decía a los narcotraficantes que pasaban por ahí en sus camionetas con vidrios ahumados. Entonces, Chuyita se ponía toda nerviosa pues ya sólo le faltaba la cuarta carta que era, al fin de cuentas, la más importante. Si el *catrín* pasaba conduciendo el siguiente vehículo, la serie de cuatro se había cumplido y eso significaba que esta última carta traía un mensaje secreto que marcaría su destino. En este caso querría decir que un hombre guapo y atento se cruzaría en su camino.

Pero si la última carta hubiera sido una *araña* y efectivamente una mujer pretenciosa y grosera pasaba la caseta, intentando pagarle menos, eso significaría que en un futuro habría una mujer en su vida que le traería grandes males.

Como verás, su estrategia no era sencilla —decía la señora—, pero la Chuya estaba convencida de que su sistema funcionaba.

—¿Eso quiere decir que tenía un código para cada uno de los conductores que pasaba?—, le pregunté de una manera que parecía burla, pero en realidad yo estaba medio atarantada con tanta fórmula.

—Sí, mira, fíjate, si pasaba alguien que no dejaba de platicar con su copiloto, era la carta 24, es decir el *cotorro*.

—¿Y si pasaba un señor del pueblo, un ranchero cualquiera?

—¡Pues *el apache, con pantalón y huarache!*

—¿Y si fuera una señora vieja?

—¿Una vieja vieja así como yo? Entonces sería *el arpa*, no ves que: *l'arpa vieja de mi suegra, ya no sirve pa'tocar*. Pero si fuera hombre sería *el tambor: no te arrugues cuero viejo que te quiero pa'tambor*.

En lugar de limitarse a contestar mis preguntas, la *ñorita* se echaba la cancioncita que normalmente se usa en el juego de lotería cada vez que se saca una baraja. A mí me hacía gracia, pero me desesperaba.

—¿Y si fuera un artista? —pregunté.

—*Estrellita marinera, no dejes de brillar*.

—¿Y qué tal que pasara un niño fresa o un maricón?

—*El pino: fresco, oloroso y en todo tiempo hermoso*.

—¿Y si fuera el chofer de una ambulancia?, dije medio desesperada.

—¡Ah, esa es una difícil! Chuyita decía que los enfermeros, rescatistas, bomberos y todos los que trabajan en los servicios de urgencias estaban ligados con la imagen de la Calavera. *Al pasar por el panteón, me encontré a la calavera*.

—¡Bueno, ya, a ver! Y si pasaba un pinche gordote narco y maricón, manejando un tráiler, ¿qué?

—Mira, la Chuyita decía que el destino era canijo y no siempre se dejaba espiar, por eso a veces las señales eran claras y, a veces, más difíciles de descifrar. De todas maneras, ella decía que cada quién debía crear su propia lógica al clasificar a las personas, pero siempre siguiendo las 54 cartas. La cuarta carta era la más importante, por lo que tenía que ser interpretada con mucho cuidado. La clave de todo, decía, estaba en ser coherente y constante y echarse un padre nuestro y un avemaría antes y después de barajar las cartas cada mañana.

La vieja hizo una breve pausa, se tragó los restos del dulce que acababa de morder y continuó su charla:

Como yo vi bien convencida a la Chuya, empecé a hacer lo mismo con los clientes que se paraban a comprar nopalitos. Ella y yo competíamos a ver a quién le salía primero la formulita de cuatro. Un día me salió una que terminaba con la carta del *pájaro*, la número 20, que según el código que desarrollé con la ayuda de la Chuya, eso significaba un viaje para mí o para alguno de mis familiares. Yo estaba muy nerviosa, pues la carta anterior había sido un *gorrito* como tú, y mientras yo estaba con una chica de Monterrey, así media *finolis*, un hombre con una maleta se acercó a comprarme dos bolsitas de nopales y me comentó que se iba de vacaciones. *Pajarito si te vas, no me olvides atrás*, repetí en mi cabeza. Las dos estábamos contentísimas; sabíamos que el código de cuatro se había cumplido y que dentro de poco mi vida o la de la gente que me rodeaba cambiaría. Tres días después, mi hermano consiguió un puesto de conserje en una escuela técnica en Monterrey y nos vinimos todos para acá.

La Chuyita estaba más entusiasmada que nunca, ahora tenía la prueba de que su método funcionaba y lo único que necesitaba era tener paciencia y esperar que el cosmos le revelara su destino. El día que me fui, nos despedimos casi llorando pero contentas, y prometimos que nos escribiríamos de vez en cuando.

Durante las semanas siguientes a mi partida, yo le escribí un par de veces e incluso pasé por la caseta en una ocasión y aproveché para saludarla. Unos meses después recibí una carta de la Chuya donde me decía que estaba triste y preocupada pues sabía que iba a morir. Las cartas estaban echadas y la número 40, el *alacrán*, le había ya revelado su destino. Las dos sabíamos que esta carta, junto con *la calavera* y *la muerte*, eran señales claras de que pronto se haría un viaje al cementerio, sólo que la número 40 era también símbolo de mucho dolor y sufrimiento.

¡La viejita tenía los ojos inundados, con las lágrimas a punto de salirse! Y pues ya te imaginarás yo, con lo llorona que soy, pues también casi chillando, cuando escuché al doctor antes de verlo: —Señorita Rosales —me dijo—, por favor, acompáñeme.

¡Ay, no mames! ¡Estaba con los nervios de punta! Te juro que con la muerte de la Chuya y mi descubrimiento de poder de *la chalupa* y *el pescado*, no tenía absolutamente nada de ganas de ir a platicarle al pinche *valiente ése* los problemas que tenía entre mis piernas.

Mientras me levantaba de la silla, entró corriendo una mujer a la sala de espera, venía sudando y agitada. Tras saludar con un *Buenos días* carrereado, pidió disculpas al médico por el retraso excusando un problema de tráfico.

—Buenos días, no se preocupe, tuvimos un problema de drenaje en el consultorio y apenas voy a pasar a la señorita Rosales —dijo el doctor y, dirigiéndose a la viejita, añadió: —Señora Hernández, aproveche que ya está aquí la enfermera para que le tome sus datos, que siguen incompletos en nuestro registro.

Unos segundos después, como desfasada, la vieja dijo con una voz seca y profunda: ¡*Lotería!* De súbito, me pareció ver que su rostro se desfiguraba en una mueca, con angustia me pregunté si en cualquier momento se pondría a gritar. Su miedo, casi pavor, me entró en el cuerpo, y no me atreví a decir nada más. Caminé entonces tras el doctor hacia la puerta del consultorio.

—¡*Gorrito!* —la escuché gritar detrás de mí—, me llamo Jobita Hernández, cuando quieras ven a saludarme. Vendo barbacoa en las mañanas aquí a dos cuadras, y en las noches tacos de trompo nomás enfrente.

Yo me volví a verla, estaba de pie y un par de lágrimas habían comenzado a caer por sus mejillas. Sonreí asintiendo y avancé hacia la oficina del médico. —Pero ve pronto —insistió—, porque como todos los días hoy he echado de nuevo las suertes y parece ser que otra vez alguien se irá de viaje. Hoy saqué un 53-13-12-42.

La inspección del médico fue relativamente rápida. Revisó mi útero y vagina. Estaba embarazada desde hacía dos meses, pero pronosticaba serias complica-

ciones. Yo repetía y repetía en la mente los números que la viejita me había dictado intentando recordar las figuras de la lotería que correspondían a cada uno de ellos. Temía que la información del médico coincidiera con las cartas y con la premonición de la vieja. Me preguntó acerca del padre y le dije que te habías ido, que no volverías y que nada sabrías de esto. El médico me recomendó volver muy pronto con una decisión clara. Él podría ayudarme pero los riesgos eran altos. No logré recordar ninguna de las imágenes de la lotería.

Al salir, constaté que Jobita había partido. La enfermera, que era también la recepcionista, me dijo que la señora había cambiado de parecer y prefirió no consultar al médico. Mis sospechas se confirmaron, la angustia se apoderó de mí.

Salí corriendo al coche y comencé a circular lentamente por las calles del centro de la ciudad, buscando una mercería o algún otro lugar donde pudiera comprar un juego de lotería. Encontré una tienda abierta, me detuve en doble fila y bajé corriendo a comprar el juego de cartas.

Ya en el coche, de manera impaciente repetí la fórmula: 53-13-12-42 y busqué las imágenes: *arpa-gorrito-valiente-calavera*.

—¡*Lotería!* —pensé y comencé a llorar, a llorar lo simple que era el destino. ♣

Francisco “Garó” Benavides (Monterrey, Nuevo León, 1978). Estudió Relaciones Internacionales y se ha desempeñado como periodista. Actualmente vive en París, en donde trabaja en temas de investigación y política educativa.

El doble jardinero

Marcos Eymar

Se acabaron los discos de ópera a todo volumen, el humo de las parrilladas, las crisis de celos que convertían el vecindario en una infernal perrera. Incrédulo, Leandro observó desde el jardín las últimas horas del traslado. Cuando el camión de la mudanza se alejó por la calle desierta, subió al dormitorio, se desvistió y se tendió junto a su mujer. La ventana estaba entreabierta. La brisa traía el rumor distante de la ciudad mezclado con el perfume obsesivo de la madreSelva. Sus sentidos permanecieron en tensión, preparados para los insultos y el ruido de la vajilla al hacerse añicos. El silencio siguió fluyendo sereno, milagroso, como un río que avanzara hacia su fuente. Al final, su cuerpo, ganado por el sueño, acabó también por asumir lo inconcebible: los Nogueira se habían ido para siempre.

Por primera vez en mucho tiempo durmió nueve horas de un tirón. El desayuno lo esperaba a la sombra del *quercus palustris*. Leandro tomó en brazos a la niña, quien amenazaba con su gateo el rosal virginiano plantado la semana anterior. Zumo de naranja. Domingo. Sol de septiembre. Mientras celebraba con su mujer la recién estrenada tranquilidad, su mirada traspasó el seto de leilandi y se adentró en el jardín de los vecinos. Sabía que no sorprendería ya los gargarismos públicos del marido, ni tampoco a Ada Nogueira medio desnuda en la tumbona. Observó el sauce tortuoso y el follaje de la exuberante dama de noche que llegaba casi a la altura del tejado. Al tropezar con las ventanas cerradas del segundo piso, lo invadió la misma desazón que le inspiraban los espejos tapados.

La agencia inmobiliaria no tardó en colgar el cartel

de “Se vende” en la puerta de hierro. El trabajo, la familia y el jardín dejaban a Leandro muy poco tiempo libre, pero aún así, al hacerse la corbata o buscar las llaves a su vuelta del trabajo, la rutina siempre le ofrecía pequeños resquicios por los que espiar la parcela desierta. El magnífico ejemplar de aloe feroz; los ondulantes senderos de grava oscura orillados de dragonarias; el violento contraste de la lobelia con la pozolana volcánica. Uno podía pensar lo que quisiera de la vida íntima de Ada Nogueira, y de los presuntos alumnos de canto que desfilaban sin cesar por su casa. Puede que incluso fuera cierto lo que las malas lenguas del barrio contaban sobre la acusación de infanticidio allá en su país, o sobre las orgías que obligaba a presenciar al marido. Había que reconocer, en todo caso, que era una excelente jardinera.

Se acercaba el otoño. Tocaba hacer una última fertilización general, eliminar las flores marchitas, atar las trepadoras. Leandro sabía por experiencia cuánto costaba construir un jardín y con qué facilidad se venía abajo. Mientras separaba los acodos de los alhelies y escarificaba su césped, no podía dejar de imaginar las babosas y las malas hierbas que proliferaban a unos pocos metros. El botritis, el oidio, la roya o el mildiu: en esa época del año no faltaban los hongos dispuestos a atravesar la precaria barrera del seto. Cada vez que pensaba en ello su cuerpo se crispaba por dentro, como ante un cuadro torcido o la visión de un bebé cerca de un enchufe.

El fin de semana habían prometido ir a visitar a su madre. Leandro adujo un informe urgente e insistió en que su mujer fuera a verla con la niña. Después de una



Tinta china/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

breve pero agotadora discusión, sus ruegos surtieron efecto. En cuanto se quedó solo, se dirigió al garaje. Se puso el mono azul y reunió la podadora, las tenazas rusas y otras herramientas útiles en una bolsa de deporte. Luego la deslizó a través del seto, por el mismo agujero que a veces le revelaba al azar una parte del cuerpo de Ada. Él pasó por encima, con la ayuda de la sólida escalera de mano.

Lo primero que notó fue el olor. El perfume de la madeselva se volvía casi mareante. El diseño del jar-

dín no parecía seguir ningún plan preestablecido. En una de esas cortas conversaciones que a veces mantenían a través del leilandi, Ada le había confesado, con una risa luminosa, que no conocía el *Practical gardening* de O. Sullivan, ni tampoco la imprescindible enciclopedia de Jacques Dumont. En contra de todos los preceptos, la orquídea leopardo se elevaba rozagante junto al tamarisco, y la adelfa florecía en una zona de sombra. Leandro nunca habría creído posible que el estramonio se desarrollase tanto en aquellos suelos



Lápiz/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

calcáreos. Había, además, especies que no conocía, como esa extraña planta rojiza, con forma de cucurucho, que crecía junto a las aguas oscuras del pequeño estanque y que debía ser un recuerdo de la tierra tropical de los Nogueira.

En cuanto concluyó su rápida exploración del jardín, Leandro puso manos a la obra. Retiró los tallos y las hojas secas de las vivaces, podó los árboles y los setos, regó profundo, fumigó con un fungicida de amplio espectro. Se entregó a esas tareas sin interrupción, con la pasión de un artista. Varias veces, después de horas de trabajo absorbente, alzó la vista en dirección a

su casa, y al reconocer la ventana de su dormitorio al otro lado del seto, se sintió bruscamente desubicado, como después de una arriesgada voltereta. En una ocasión, mientras descargaba la dama de noche, le pareció oír a sus espaldas el canturreo de Ada. Al volverse, el recuerdo de su piel morena, mal tapada por un vestido blanco, quedó flotando un instante ante sus ojos.

Perdió la noción del tiempo hasta que, de pronto, notó que le costaba respirar. La inminencia del atardecer convertía el aire en una asfixiante malla de perfumes. Tuvo el tiempo justo de atravesar el seto, pegarse una

ducha y dar un beso de bienvenida a su mujer y a la niña. Unos instantes después, Leandro oyó un grito en la cocina. Al asomarse a la puerta, sorprendió el rostro de su mujer desfigurado por la cólera.

—¡Se te ha olvidado!

—¿El qué?

Esa respuesta inhábil fue el detonante de su peor pelea. No sólo la mandaba sola con la arpía de su madre, aulló su mujer, sino que ni siquiera le salía de los cojones descongelar el pescado para la cena. Uno tras otro, como fósiles inverosímilmente conservados por una memoria antediluviana, fueron saliendo a relucir las mezquindades acumuladas durante diez años de vida en común. A Leandro le habría gustado defenderse con la verdad, pero, en esas circunstancias, el nombre de Ada Nogueira, “la devoradora de hombres”, no habría hecho más que empeorar las cosas. Se dejó aplastar como un insecto, aunque no pudo evitar desparramar una cierta cantidad de veneno.

A lo largo de la semana siguiente hubo que recomponer los añicos de ese domingo con ramos de rosas e invitaciones a cenar. A pesar de sus esfuerzos, Leandro no conseguía dejar de pensar en las orquídeas que empezaban a secarse, en las algas que ahogaban los nenúfares, en las macetas necesitadas de abono. Por la noche, el perfume del otro jardín era como una llamada de auxilio que se infiltraba en sus sueños y los llenaba de sed y de pululaciones de parásitos.

El jueves invitaron a su jefe a cenar. La velada fue más tranquila que el año anterior, cuando se produjo la última tentativa de suicidio del señor Nogueira. No obstante, Leandro, acosado por los efluvios de la madre-

selva y del estramonio, estuvo distraído e impreciso. Antes de dormirse, su mujer le reprochó con acrimonia su falta de ambición.

No tardaron en aparecer las primeras cochinillas entre las hojas del rosal. El descubrimiento le convenció de que, a partir de entonces, el destino de los dos jardines era inseparable. El mercado inmobiliario atravesaba una profunda crisis, y, casi con total seguridad, la casa no sería vendida antes de mucho tiempo. El delicado microcosmos que había creado con años de esfuerzo no podría sobrevivir eternamente a las puertas de un nidero de plagas.

En la oficina le acordaron sin dificultad una reorganización provisional de sus horarios, y un par de días libres. Como cada mañana, llevó a la niña al colegio. Luego, en vez de conducir hasta el trabajo, dio media vuelta y regresó a la casa y al jardín de Ada. Todavía no era demasiado tarde. Trabajó con ansia, como en una especie de trance: regó, podó, abonó, oxigenó el agua, tendió trampas de cerveza a los caracoles y las babosas. Esta vez, al concluir su misión, no se olvidó de seguir las instrucciones de su mujer y de comprar pan para la cena.

Leandro consiguió alcanzar un equilibrio satisfactorio. A cambio de una sustancial reducción en la pausa del almuerzo, obtuvo el derecho a salir de la oficina unas horas antes dos días a la semana. Ese tiempo robado bastaba para mantener el jardín de Ada y preparar la próxima primavera. Solo y a resguardo, Leandro prescindió de Sullivan y de Dumont y se entregó a los más audaces experimentos. Plantó un ejemplar de boca de tigre junto a otro de cabellos de venus;

mezcló las semillas de dos plantas afrodisiacas como el abrótno y la damiana; modificó atrevidamente la perspectiva con una licuala gigante. En vez de extirpar directamente la deslucida mata de amaranto, injertó en su base una tilansia, curioso por asistir a la agonía de una planta parasitada.

Nadie iba a pedirle cuentas. Nadie, ni la familia ni las visitas, iba a asociarle con lo que podría no ser más que un capricho de la Naturaleza. Él era su único juez y espectador. Podía combinar el naranja con el rosa, plantar denso sin calcular las épocas de floración, olvidarse de la salinidad y del PH del suelo. Febril y sudoroso, disfrutaba salvajemente de esos instantes de libertad. En ocasiones, sus sentidos, aturcidos por los aromas y el esfuerzo, materializaban a Ada tras las ramas del sauce tortuoso. Se acercaba a ella, ayudaba al vestido blanco a caer, la poseía entre las hojas de cardamomo. Después de esas sesiones, no le importaba volver a la desvaída simetría de su propio jardín y a las exigencias de la vida matrimonial.

Se intuía la primavera y, con ella, crecía la impaciencia de Leandro por admirar el resultado de su obra secreta. Una mañana de domingo observaba las primeras yemas a través del seto, cuando su mujer le anunció que quería hablarle.

—Lo sé todo —le anunció, sin aviso.

—¿El qué? —preguntó Leandro.

Ella sonrió. La subestimaba mucho si creía que no iba a fijarse en el barro en los zapatos, las duchas antes de que ella llegara, el olor a perfume en las camisetas sucias. Eso sin contar, claro, con sus poco discretas maniobras en la oficina, y su cambio general de compor-

tamiento. No obstante, añadió con una voz desconcertantemente tranquila, no le guardaba rencor. Hacía tiempo que las cosas no funcionaban. Ella también había decidido vivir su vida. Se llamaba José María, era abogado, y se encargaría de que el divorcio se desarrollase de la forma más satisfactoria para los dos.

Leandro la escuchó atónito, sin entender del todo. Cuando intentó explicarle lo del jardín de Ada, sólo se topó con una incredulidad burlona:

—Supongo que tenías que buscarle sustituta a esa putilla— le espetó su mujer.

La bofetada no fue fuerte en absoluto, pero desencadenó un violento ataque de histeria. Hubo aullidos, arañazos, porcelanas rotas. La niña se puso a llorar. Los perros ladraron hasta volverse afónicos. La vecina de enfrente tuvo que llamar a la puerta. Al concluir esa jornada infernal, Leandro comprendió que la decisión de su mujer era irreversible.

Sin el menor asomo de duda, llamó a la agencia inmobiliaria. Contentos de encontrar un comprador en esos tiempos difíciles, le dieron todas las facilidades. Desde las ventanas de las habitaciones polvorientas era fácil vigilar las idas y venidas del usurpador e insultarle a voz en grito. Leandro también invitaba a fulanas que encontraba en la calle y que hacía pasearse en bragas por el jardín, saboreando los celos de su mujer. Cuando coincidió en la calle con el abogado, no hizo ningún esfuerzo por contenerse. El barrio entero tuvo que venir a separarlos, sangrantes y enrabiados como matones de arrabal.

Una tarde de abril, a la vuelta del trabajo, vio que todas las persianas de su antigua casa estaban cerradas.



Tinta china/papel (detalle), 30 × 23.5 cm, 2007

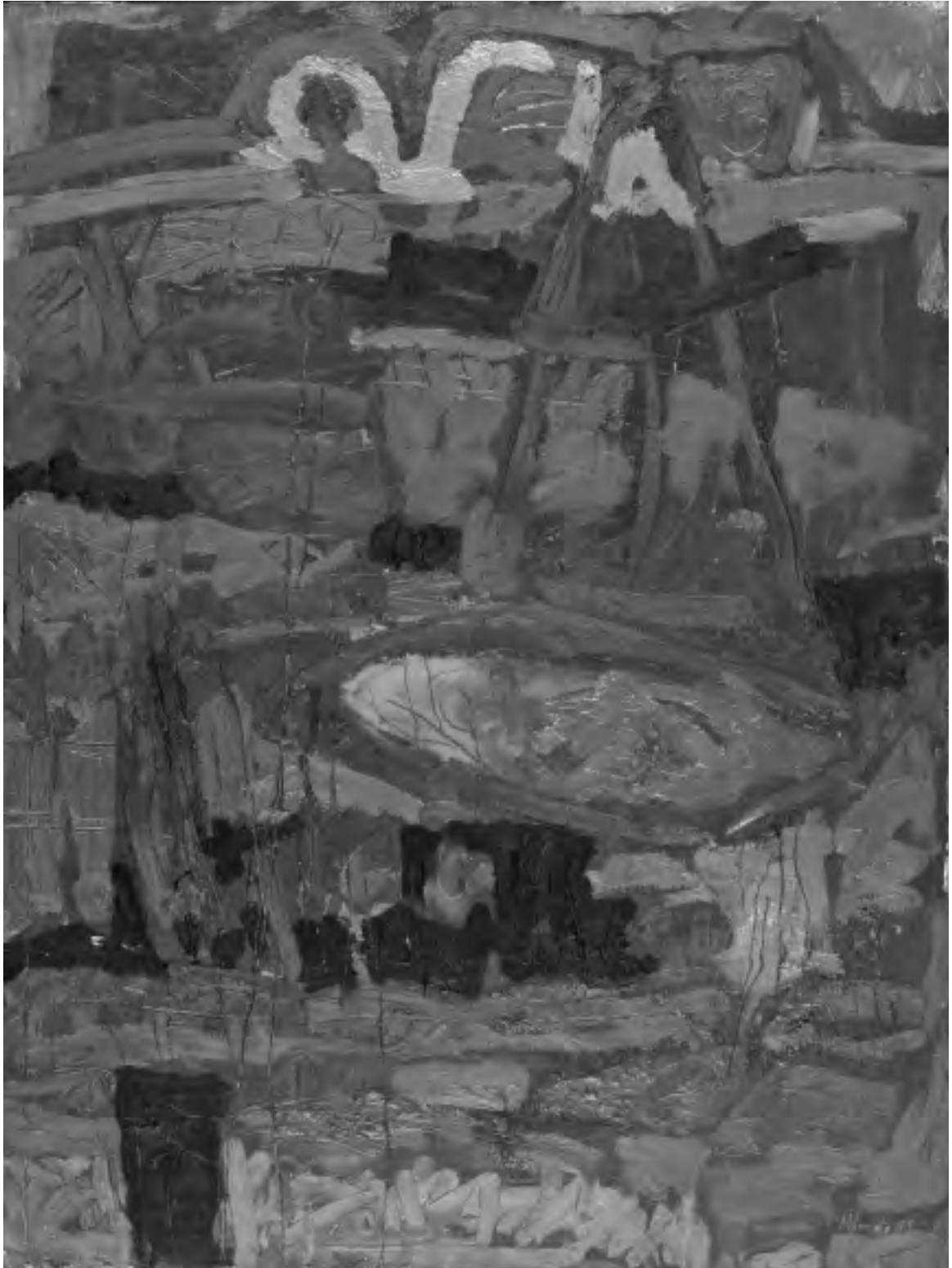
Ningún amigo, ningún vecino quiso informarle sobre el paradero de su familia. Leandro compró una botella de whisky en la gasolinera y se la acabó solo, tirado en el suelo del salón vacío.

Amaneció a mediodía, después de un sueño angustioso, abandonado en el charco de un rayo primaveral. Tambaleante, se dirigió hacia la puerta. Al abrirla, la pesadilla se alzaba ante él: un delirante amasijo de colores y perfumes pringosos, una locura de monstruosidades vegetales que se asfixiaban unas a otras bajo el crepitar de los insectos.

Leandro avanzó como pudo entre ese caótico labe-

rinto de savia. Al llegar junto al estanque se fijó en una abeja que libaba la planta desconocida de Ada. De pronto, el animal resbaló y cayó dentro del alto cucurucho. Leandro se agachó y contempló cómo, aprensado en el néctar viscoso, la abeja se arrojaba una y otra vez contra unas manchas claras que debía de tomar por una posible salida. Leandro comprendió que esos mismos movimientos de huida segregaban los líquidos encargados de su digestión. Horrorizado, apartó la mirada y la dirigió hacia el seto, detrás del cual el césped comenzaba a secarse y el frágil rosal virginiano a ser devorado por la cochinilla. **P**

Marcos Eymar (Madrid, 1979) es licenciado en Filología Hispánica y en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad Complutense de Madrid. También ha seguido cursos universitarios en Estrasburgo y Chicago. En la actualidad prepara su tesis sobre el bilingüismo literario franco-español en la Universidad Sorbonne Nouvelle-Paris 3, y da clases en la Universidad de Amiens sobre literatura y cine. Ha resultado galardonado en certámenes literarios como los Nuevos de Alfaguara (1995), el Isabel de España de narrativa (2000), el II Certamen de textos teatrales de la Universidad Carlos III (2003), y recibió en este año 2007 el premio Tiflos por el libro *Objetos encontrados*, publicado en la editorial Castalia. Es crítico literario en la revista de pensamiento y cultura *El Ciervo*, y miembro del comité de redacción de la revista *Silencios*.



Espacios múltiples, ciudades perdidas (el olvido), óleo/tela, 80 × 60 cm, 1999

La tradición de la nostalgia

Rodrigo Martínez

Jorge Arturo Ojeda
Documentos sentimentales
 Fontamara, México, 2007

Es difícil refutar la idea de que la mejor literatura de nuestro tiempo se funda en modelos clásicos. Si bien la literatura griega buscó incansablemente la belleza, en la actualidad existen pocos escritores motivados por fines estéticos. El ideal de virtud artística de las grandes tradiciones literarias se ha ido desvaneciendo.

En México son pocos los literatos que, al asumirse como contadores de historias, también lo hacen como escultores de la palabra. Sin embargo, en un ámbito ocupado en hacer de la literatura un producto ligero o de eficiencia lucrativa, aún es posible hallar autores cuya obra presenta belleza y elegancia. Es el caso de Jorge Arturo Ojeda (México, 1943) quien, con la publicación de *Documentos sentimentales*, demuestra que siempre se ha caracterizado por una prosa bien trabajada que recupera lo mejor de la tradición literaria.

Miembro de la generación que forjó la revista *Mester* de la mano de Juan José Arreola, desde su primera novela (*Don archibaldo*), Ojeda se mostró como un artista de formación clásica. En varios de sus cuentos, como los que figuran en *Personas fatales*, hay un sello aciago que da cuenta de una lectura profunda de la tragedia griega. Los relatos contenidos en *Carne y huesos* acusan una mano experta en la escritura de dramas. Novelas como *La mariposa* y *Muchacho solo* remiten a la narrativa moderna, mientras que *Piedra caliente* es una obra de vanguardia. Por su parte, los ensayos de *Esfera* son lecciones de un humanista que cultiva la reflexión a través de la brevedad. En el ámbito de la poesía, donde figura el conjunto titulado *Poemas de amor adolescente*, los influjos del romanticismo alemán son evidentes.

Las prosas poéticas, los cuentos y la autobiografía reunidos en *Documentos sentimentales* constituyen un viaje alrededor de los motivos que nutren la estética de Jorge Arturo Ojeda y un ejemplo de que su prosa está bañada de referentes clásicos. Fundados en tradiciones literarias diversas, los poemas y relatos de esta recopilación abrevan en fuentes que van de la lírica romántica al realismo coloquial. Incidentes amorosos, personajes siniestros o resentidos, comedias y retratos dan cuenta de



una obra revestida de nostalgia. Y es que, amén de la variedad de géneros, temas y técnicas, el lector no deja de encontrarse con un tono melancólico.

La primera sección de *Documentos sentimentales* —que da título al conjunto— es una serie de prosas poéticas que abordan el amor, el desamor, el erotismo y algunos motivos de la naturaleza. El lector descubre relatos juveniles con registros líricos y ritmos precisos. Se trata de una suerte de romances donde uno o dos personajes desenvuelven conflictos breves o situaciones nostálgicas que dan cuenta de afecciones humanas.

Más allá de temas y formas, estas prosas poseen un espíritu estético. Aunque varias tienen las características del romance, se trata de piezas narradas que buscan plasmar instantes. Guiados por un alma romántica, la intención de estos documentos es poetizar sobre emociones diversas. Aquí descubrimos a un autor tocado por las voces de Tieck, Hölderlin, Novalis y Jean Paul —los dos últimos traducidos por él mismo para Ediciones Coyoacán—, así como por Propercio, y que supo insertar estos referentes en una lengua distinta y con una voz propia. Un beso, los celos, la ruptura amorosa, un encuentro erótico, un vals o el mar y el amor quedan plasmados en textos breves y elegantes que apelan al sentimiento y a la inteligencia.

Y es que, como si fueran minificciones, “Amor”, “De amantes”, “Presa”, “Europa”, “Celos” y “Ruptura” son relatos breves que cumplen con la unidad de efecto que, según Edgar Allan Poe, debía tener un cuento. Estas prosas, por un lado, tienen una belleza lingüística y rítmica que potencia las emociones del lector, pero al mismo tiempo y con notable agudeza, despiertan el sentido común y provocan una lectura concentrada ya que presentan desenlaces contundentes o inesperados.

Luego del recuento de prosas poéticas, *Documentos sentimentales* presenta seis cuentos. En “Los colores en el agua”, un sujeto enfermizo es testigo de la partida y el regreso de seres cercanos; en “Elke”, el personaje memora un amor que no pudo consumar en un periodo de viajes; “Amor de amigo” es una comedia en la que un viejo se mofa orgulloso de un compañero que no quiso viajar por meros pretextos; con un puñado de personajes picarescos y grotescos, “Para un refrán” es un relato tragicómico donde la fortuna juega a favor de una mujer fea y en contra de un holgazán; en “Asuntos de canarios”, un alma generosa se tienta el corazón cuando se

dispone a vender un canario y, en “Zoofilia”, un muchacho resentido, que parece fruto de las páginas de Dostoievski, encarna un amor criminal hacia los animales*.

Igual que en *Hombres amados*, los cuentos de *Documentos sentimentales* apelan a la teatralidad y la plasticidad de los personajes en vez de la exhuberancia narrativa. Hay abundancia de diálogos y descripciones, pero éstos no se exceden, sino que se integran al efecto estético final. Los personajes tienen un temperamento definido de modo que el narrador no los explica, sino que éstos se revelan por sus acciones. Las anécdotas son redondas y están coronadas por una prosa cuidadosa y rítmica. Además, en cuentos como “Los colores en el agua” o “Elke” se percibe un deseo de representar símbolos de otras mitologías a través de los protagonistas o los sucesos, tal como ocurre con el cuento “Mapache”, de *Personas fatales*, o con “Mucha noche por delante”, de *Carne y huesos*.

Como en toda la narrativa de Jorge Arturo Ojeda, estas piezas son evidencia innegable de un autor que conoce un sinnúmero de literaturas. De hecho, más que conocerlas, las domina. Aunque la trayectoria de Ojeda acusa la formación de un autor con hondas raíces románticas, de un lector que descubrió las letras en clásicos como *La Iliada*, *Elegías*, *Los himnos de la noche*, *Sueños* o *El alma romántica y el sueño*, en su obra también hay señales de tradiciones como la prosa francesa del siglo XIX o hasta una porción de la narrativa mexicana del siglo XX, caracterizada por un realismo coloquial que forja un *corpus* a partir de hechos y personajes cotidianos.

Esta muestra de cuentos confirma que Ojeda es un autor que, como pocos, apela a la belleza y a la densidad de la prosa. No se trata de un narrador excesivo ni barroco, pero la lectura de sus relatos siempre presenta significaciones profundas y revela una pureza de lenguaje que destaca por estar contenida en materiales breves. “Para un refrán”, “Amor de amigo” o “Zoofilia” materializan esta afirmación, pues en unas cuantas páginas reúnen significados diversos y dan un golpe cómico o dramático contundente. A ello debe añadirse la evasión de escenas desbordadas, a veces efectistas, que hay en obras como *Octavio*.

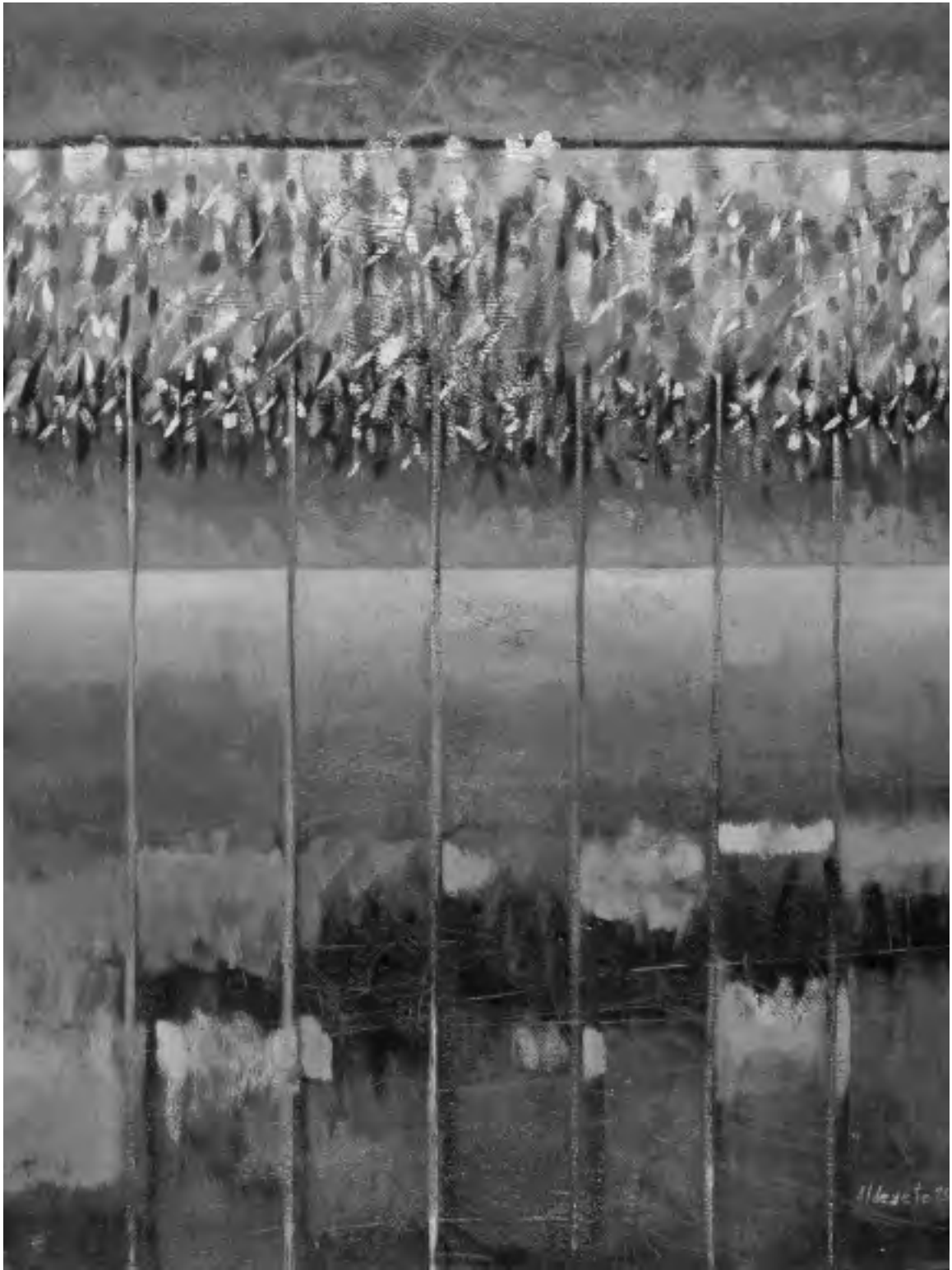
* “Asunto de canarios” y “Zoofilia” fueron publicados en la sección Árbol Genealógico del número 137 de *Punto de partida* (mayo-junio, 2006).

Una “Autobiografía prematura” y el ensayo “Plástico y yo” cierran este libro de manera espléndida ya que, en el caso de la primera, el autor vuelve a la nostalgia y hace un relato vívido, lleno de descripciones y anécdotas memorables que, antes que la reseña de una vida, es el testimonio de una etapa de la historia cultural mexicana. La enfermedad, la adolescencia y la literatura se presentan aquí como las bases de un temperamento romántico. A partir de las pasiones y pensamientos de esta alma escribiente el lector descubre episodios juveniles o a Juan José Arreola y el París que le tocó ver junto con sus discípulos de *Mester*. Por momentos, esta memoria escrita recuerda las mejores páginas de *Fiera infancia y otros años*, de Ricardo Garibay, pues son textos que comparten el ritmo impetuoso, la sabiduría y la sencillez literaria.

Documentos sentimentales es resultado de una tradición clásica fundada en la nostalgia. Una tradición debida a un autor que, como Borges, puede enorgullecerse de las páginas que ha leído y que no oculta a través de su prosa, sino que revela para embellecer el resultado. Por otro lado, hay nostalgia en el tono memorioso, ya melancólico, ya vivaz, que baña cada una de las prosas poéticas, así como varios de los cuentos y la autobiografía contenidos en este conjunto. La suma de estas características forja la estética de un escritor olvidado en el medio literario de México y que merece mayor atención debido a que su obra es una de las más elaboradas y elegantes. Basta decir que en muchos de sus trabajos palpita esa nostalgia que Baudelaire festejaba como la portadora del tono más poético que puede existir en literatura. ♡



Espacios múltiples, ciudades perdidas (el amor), óleo/tela, 80 × 60 cm, 1999



Espacios múltiples, ciudades perdidas (lluvia calcinada), óleo/tela, 120 x 90 cm, 1995

CONVOCATORIAS Y CONCURSOS NACIONALES DE LITERATURA

Convocatorias

PROGRAMA DE BECAS Y FORMACIÓN PARA JÓVENES ESCRITORES E INVESTIGADORES DE LA FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS

Pueden participar mexicanos de hasta 30 años que deseen formarse como escritores en cualquier género literario. Los interesados deben enviar un texto de su autoría, inédito, de entre 20 y 30 cuartillas (en cualquier género literario), un texto de máximo dos cuartillas en donde expongan las razones por las que desean obtener la beca y el porqué se consideran merecedores de ella, curriculum sucinto, solicitud con nombre como escritor, nombre completo, lugar y fecha de nacimiento (fotocopia de acta de nacimiento, credencial de elector o pasaporte) y datos de localización. Es importante que en la primera cuartilla indiquen el área de su interés.

Convoca: Fundación para las Letras Mexicanas, A.C.
 Informes: (55) 57 03 02 23
www.fundacionletrasmexicanas.org

Concursos

PREMIO NACIONAL DE POESÍA JOVEN “ELÍAS NANDINO”
 Convocan: el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Programa Cultural Tierra Adentro y la Dirección General de Vinculación Cultural, la Secretaría de Cultura de Jalisco y el Ayuntamiento de Cocula, Jalisco.

Fecha de cierre: 28 de marzo de 2008.
 Informes: (33) 36 14 08 15 y 36 14 71 84
jsouza@jalisco.gob.mx
 Bases: sic.conaculta.gob.mx/documentos/1036.pdf

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA “GILBERTO OWEN”
 (CUENTO Y POESÍA)

Pueden participar escritores mexicanos residentes en el país, en Estados Unidos y Canadá, con cuentos o poemas inéditos de tema libre, escritos en español. En los dos géneros la extensión mínima es de 60 cuartillas.

Convoca: el Gobierno del Estado de Sinaloa, a través de la Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional, con el apoyo del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a través de la Dirección General de Vinculación Cultural.
 Periodo de recepción: enero a marzo de 2008.
 Informes: (667) 713 99 31 y 716 58 33 ext. 12

PREMIO NACIONAL DE ENSAYO JOVEN “JOSÉ VASCONCELOS”

Pueden participar escritores mexicanos por nacimiento que residan en el país, de hasta 35 años, con un volumen de ensayos inéditos, de tema y forma libres, de entre 60 y 100 cuartillas.

Convocan: el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Programa Cultural Tierra Adentro de la Dirección General de Publicaciones, y la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.

Informes: (951) 516 40 18
odavias@uabjo.mx
cbarraza@correo.conaculta.gob.mx

PREMIO NACIONAL DE NOVELA “JORGE IBARGÜENGOITIA”

Pueden participar novelistas mexicanos residentes en México, con una obra original e inédita, de entre 80 y 220 cuartillas.

Convoca: el Gobierno del Estado de Guanajuato, a través del Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato.

Informes: (473) 732 72 90 y 732 71 93
culturag@redes.int.net.mx

CONCURSOS LITERARIOS INTERNACIONALES

XXV PREMIO “CARMEN CONDE” DE POESÍA ESCRITA POR MUJERES

Podrán concurrir al mismo poetisas de cualquier nacionalidad con libros escritos en lengua española no premiados anteriormente en ningún otro concurso.

Convocan: Ediciones Torremozas y El Corte Inglés

Fecha de cierre: 14 de abril de 2008

Informes: www.torremozas.com

Bases:

www.eldigoras.com/premios/premios0401.html

IV PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA “DESIDERIO MACÍAS SILVA”

Pueden participar escritores de cualquier edad y nacionalidad, con una sola obra inédita, formada por un conjunto de treinta a cuarenta y cinco poemas de su autoría, con tema libre y escritos en español.

Convocan: Instituto Cultural de Aguascalientes y Azafrán y Cinabrio Ediciones

Fecha de cierre: julio de 2008

Informes: contacto@ayc.com.mx

www.ayc.com.mx

II PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA “MACEDONIO PALOMINO”

Pueden participar escritores de cualquier edad o nacionalidad o instituciones y empresas relacionados con la publicación de obras poéticas con uno o más libros de poesía (individuales o colectivos) publicados sin importar la fecha de edición.

Convocan: Instituto Cultural de Aguascalientes y Azafrán y Cinabrio Ediciones

Fecha de cierre: octubre de 2008.

Informes: contacto@ayc.com.mx

www.ayc.com.mx

II PREMIO INTERNACIONAL DE RESEÑA “AZAFRÁN Y CINABRIO”

Podrán participar personas de cualquier edad y nacionalidad con la elaboración de reseñas bibliográficas sobre cualquiera de los títulos publicados por Azafrán y Cinabrio Ediciones.

Convoca: Azafrán y Cinabrio Ediciones

Fecha de cierre: octubre de 2008.

Informes: contacto@ayc.com.mx

www.ayc.com.mx

EDICIONES DE PUNTO DE PARTIDA



UN ORBE MÁS ANCHO
40 poetas jóvenes
(1971-1983)



MOSCAS, NIÑAS
Y OTROS MUERTOS
Antología de
cuento joven



LOS PASOS
DEL VISITANTE
Luis Paniagua

EDICIONES EL MILAGRO

te acerca al fascinante mundo de la escena

→ MARTÍN ACOSTA → EDWARD ALBEE → IMAMU AMIRI BARAKA → CATHERINE ANNE → ANTONIO ARMONÍA → MARÍA ELENA AURA → LEONOR AZCÁRATE → JUAN JOSÉ BARRERO → SABINA BERMAN → MICHEL MARC BOUCHARD → CARMEN BOULLOSA → PETER BROOK → PILAR CAMPESINO → MARIBEL CARRASCO → JEAN-CLAUDE CARRIÈRE → JORGE CELAYA → JAIME CHABAUD → COPI → CARLOS COMBERSO → ENZO CORMANN → ELBA CORTÉS → MIREYA CUETO → HÉCTOR DÁVALOS → MARCO ANTONIO DE LA PARRA → ALFONSO DE MARÍA Y CAMPOS → LUIS DE TAVIRA → ÉTIENNE DIECROUX → MARÍA DEL POZO → DON DEJILLO → GARANCE DOR → CHRISTOPHER DURANG → XAVIER DURRINGER → JOSÉ RAMÓN ENRÚQUEZ → XIMENA ESCALANTE → FELIX FALK → ROLAND FICHET → DAIRO FO → GUY FOISSY → MAIJA IRENE FORNÉS → DAVID W. FOSTER → HERNÁN GALINDO → SERGIO GALINDO → AUCIA GARCÍA BERGUA → BARRY GIFFORD → JANUSZ GLOWACKI → WITOLD GOMBROWICZ → JESÚS GONZÁLEZ DÁVELA → ELAYIO GONZÁLEZ MELLO → JEAN-CLAUDE GRUMBERG → ADAM GUEMBA → ELENA GUDICHENS → LUIS ENRIQUE GUTIÉRREZ → ALDEI HAKIM → FRANCISCO HINOJOSA → BERTA HIRIART → HUGO HIRIART → JOHN JESURUN → MAURICIO JIMÉNEZ → JUAN JIMÉNEZ IZQUIERDO → JULIO KEZICH → BERNARD-MAURIE KOLTES → TONY KUSHNER → SUZANNE LEBEAU → SALVADOR LEMIS → ESTELA LEÑERO FRANCO → VICENTE LEÑERO → HÉBERTO LEYVA → ALEJANDRO LICONA → ÓSCAR LIERA → CARLOS LISCAÑO → CUBBERO LÓPEZ → RAJAL MACIAG → DAVID MAMET → GERARDO MANCERO DEL CASTELLO → ODILE MASSÉ → MARÍA LUISA MEDINA → FABRICE MILQUOT → HECTOR MENDOZA → THOMAS MIDDLETON → PHÉLIPPE MINYANA → LUIS MARIO MONCADA → MARÍA MORETT → CARLOS MORTON → SLAWOMIR MIROZEK → CARMINA NARRO → PETER NICHOLS → ÁNGEL NORZAGARAY → YOSHI OIDA → DAVID OLGUÍN → CARLOS OLMOE → GUSTAVO OTT → EDUARDO PAVLOVSKY → SILVIA PELÁZ → RICARDO PÉREZ QUITT → CUBBERO LÓPEZ → VÍCTOR HUGO RASCÓN BANDA → LUIS EDUARDO RIVIS → JESUSA RODRÍGUEZ → WILLIAM ROWLEY → HUGO SALCEDO → PAULINE SALES → MELCHA SÁNCHEZ-SCOTT → NATHALIE SARRAUTE → GUILLERMO SCHMIDHUBER → LEONARDO SCIASCIA → ANTONIO SERRANO → SAM SHEPARD → JERZY S. SITO → MIGUEL ÁNGEL TENORIO → JUAN TOVAR → LARRY TRUMBAY → TOMÁS URZUSASTEGUI → SERGE VALLETT → GERARDO VELÁSQUEZ → ÓSCAR VILLEGAS → MICHEL VINAYER → PAULA VOGL → BENI DE VOÛ → VÍCTOR WEINSTOCK → JEAN-PAUL WENZEL → AUGUST WILSON → LANFORD WILSON → GAO XINGJIAN → GABRIELA YNGLÁN → SERGIO ZURITA

www.edicioneselmilagro.com.mx



Ediciones Casa Juan Pablos

*Anales del cine en México 1895-1911
y Cartelera del cine en México*



Dos colecciones fundamentales para conocer y entender el primer cine en México en su contexto histórico y social

Anales del cine en México 1895-1911

1895: El cine antes del cine
1896: El vitascopio y el cinematógrafo en México
1897: Los primeros exhibidores y camarógrafos nacionales
1898: Una guerra imperial
1899: A los barnos y a la provincia
1900: Los cines y los teatros

1901: El cine y la pornografía
1902: La magia del cine
1903: El espacio urbano del cine
1904: El cine y la publicidad

De próxima aparición:
1905: Las primeras salas permanentes de cine
1906: Los cines mueblan la ciudad de México
1907: El cine y sus empresarios
1907: La multiplicación de las salas de cine en la provincia
1908: El cine y los toros

Cartelera del cine en México: 1903-1911

Te levantas, te bañas, te desayunas, te subes
al transporte, trabajas, **escribes**, te tomas
un café, platicas, trabajas, comes, duermes
la siesta, trabajas, te tomas unos tragos,
regresas a casa, te pones cómodo, meriend-
das, vez la tele, **escribes**, te duermes,
sueñas, te paras al baño, te despiertas,
escribes, cagas, **escribes**, sales a caminar,
te tropiezas, **escribes**, te metes algo a la
boca, vez la tele, sueñas, te vas, **escribes**,
lees, **escribes**, regresas por una chela,
escribes, duermes, **escribes**, comes,
escribes, coges, **escribes**, platicas,
escribes, platicas,
escribes,
escribes...

Lenguaraz
literatura
para no leer
jeel ou jared

colabora con nosotros
parapublicar@lenguaraz.com



